

LLEGÓ EL CORONAVIRUS Y MANDÓ PARAR
Apuntes desde el encierro:
la 4T en el año de la pandemia

ARMANDO BARTRA

©Armando Bartra

Editado en el año 2021, México.

Descarga gratis éste y otros libros en formato digital en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com/libros

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.

Diagramación y portada: Daniela Campero.

ÍNDICE

DOS AÑOS HACIENDO CAMINO.....	5
TODAS LAS MUJERES LA MUJER: LA MARCHA DE LAS JACARANDAS.....	17
¡CORONAVIRUS!	25
PARAR AL SARS-COV2: ¿LA NATURALEZA SIEMPRE ES SABIA?.....	35
EL VIRUS, LA SOCIEDAD, EL ESTADO	43
RESILIENCIA	51
EL VIRUS Y LOS ETERNOS SOBREVIVIENTES	61
FAKE NEWS DE EXCELENCIA	69
NUEVOS INFIERNOS SOCIOAMBIENTALES	75
EL MAL MENOR Y EL MAL MAYOR. HUEXCA REVISITADA	85
SIRENAS DESDE EL ANAQUEL: LA BATALLA POR EL ETIQUETADO	93
Lenguaje de cliché. EL POLLITO, LA ARAÑA Y EL CIEMPIÉS	101
MORENA EN SU LABERINTO	109
ANEXO MORENA EN EL ESPEJO DEL BOLIVIANO MOVIMIENTO AL SOCIALISMO	119
MÉXICO 2018 Y LA SEGUNDA OLEADA EMANCIPATORIA DE NUESTRAMÉRICA	129

DOS AÑOS HACIENDO CAMINO

Estamos en un cambio de régimen y se oyen los tronidos, se escucha el clamor. A dos años de su toma de posesión como presidente de la República es indudable que López Obrador está conduciendo no sólo un cambio de gobierno sino un cambio de régimen; una mudanza profunda en los usos y costumbres del sistema político mexicano surgido de La Revolución de 1910 y particularmente una ruptura tajante con las prácticas nefastas que se impusieron en los últimos 30 años.

Los que se resisten

La mayor evidencia de este viraje la encontramos precisamente en los airados cuestionamientos, las furibundas acusaciones, los coléricos reclamos que a diario le lanzan al presidente. Y es que a diferencia de los cambios de gobierno recientes que introducían modificaciones anecdóticas al estilo de gobernar y no tocaban los intereses creados, un cambio de régimen como

el de la 4T modifica de inmediato las reglas del juego político y también, aunque más despacio, las del juego económico. Severo reacomodo que descubre a quienes el orden anterior apapachaba... Y, cómo no, los descubiertos mientan madres; a veces personalmente, a veces patrocinando corifeos.

Así ocurre con los cambios de régimen; generan oposición, posición conservadora. Y si son mudanzas democráticas y progresistas como la presente, incuban oposición conservadora de derecha. No podía ser de otro modo; a Juárez se le fueron encima los conservadores, a Madero se le fueron encima los conservadores, a López Obrador se le van encima los conservadores. Nomás faltaba.

El cambio de régimen que representa la 4T reajusta la relación entre los tres poderes y entre los niveles de gobierno, pero sobre todo modifica la relación entre Estado y sociedad. Y esto mete ruido porque el cambio consiste nada menos que en quitarle al grupo social minoritario pero poderoso, que son los empresarios, el control oligárquico que tenían sobre el Estado y transferírselo al sector social mayoritario pero desvalido, que son los trabajadores, no sólo a través del sufragio efectivo sino también mediante

la participación en la gestión. Y los desbancados ponen el grito en el cielo.

Gobernar para los ricos es de por sí corromper la democracia, pero hacerlo solapando y fomentando las más obscenas modalidades de enriquecimiento ilícito, es corrupción en la corrupción. Y en esto se había convertido el viejo régimen mexicano: en una Cueva de Alí Babá donde se traficaba desenfrenadamente con el dinero público, el patrimonio del Estado y los recursos naturales de la nación. Era el saqueo institucionalizado como forma de gobierno. Así las cosas, el cambio de régimen tenía que empezar por la renovación moral. No podía ser de otro modo.

Las críticas

En la tarea de regeneración nacional que emprendió hace dos años López Obrador tiene la legitimidad, la autoridad, el mandato que le dan 30 millones de votos y la mayoría en las dos cámaras. Pero a algunos les molesta que el presidente tome decisiones con base en este mandato. Aunque en realidad lo que les molesta no es que tome decisiones sino las decisiones que toma.

También les molesta que la de López Obrador sea una presidencia fuerte. Pero no puede ser de otro modo si la ganó con el 53% de los vo-

tos, contra 22% del PAN y 16% del PRI. Se quejan igualmente de que el poder legislativo por lo general lo favorece, y claro que lo favorece: Morena consiguió 191 diputados y 55 senadores, mientras que el PAN sólo obtuvo 81 y 23, respectivamente y el PRI apenas 45 y 14.

El que resultó de la elección del primero de julio de 2018 no es un gobierno dividido sino de clara mayoría, y por ello es un gobierno fuerte, qué le vamos a hacer. Lo que no quiere decir que el legislativo no sea un contrapeso donde las iniciativas presidenciales se discuten, y si se trata de reformas constitucionales el partido mayoritario necesita buscar alianzas.

Otros reclaman el protagonismo de presidente. Pero para sacar adelante un cambio de régimen se necesita un gobierno legítimo, fuerte y con un presidente carismático. Así ocurrió en el cono sur del continente americano con quienes emprendieron grandes mudanzas como Hugo Chávez en Venezuela, "Lula" da Silva en Brasil, Evo Morales en Bolivia, Rafael Correa en Ecuador, Néstor y Cristina Kirchner en Argentina... ¿Personalismo? Sí, personalismo. Pero es que así, con fuertes liderazgos, es como funciona la política en nuestro continente, sobre todo cuando hay que emprender transformaciones profundas.

Mudanza paradigmática

A dos años de que empezamos con la cuarta transformación vamos de gane. La decisión de poner por delante a los pobres y no a los ricos, al trabajo y no al capital, al campo y no a la ciudad, a la agricultura y no a la industria, al sur y no al norte, al desarrollo y no al crecimiento, al bienestar y no a la riqueza, a las personas y no a las cosas... fue muy acertada y está dando resultados.

El neoliberalismo como paradigma, como sistema de ideas y valores, fue desechado. En cambio, su huella sobre nuestra economía, nuestra sociedad, nuestra política, nuestra cultura es más persistente. Pero se va borrando poco a poco.

El cometido mayor de la nueva política, la económica y la social, es escapar del túnel neoliberal, pasar de gobiernos omisos, desafanados y corruptos cuyo activismo se redujo a tomar las medidas (apertura comercial, desregulación económica, desmantelamiento de las instituciones de fomento...) que les permitieran desembarazarse de su responsabilidad constitucional con la soberanía y la planeación democrática del desarrollo, a un gobierno probo, activo y enérgico que en lo externo defienda los intereses nacionales y en lo interno impulse el crecimiento soste-

nible y la distribución equitativa del ingreso. En breve: un gobierno post neoliberal.

Sin embargo, tres décadas de librecambismo a ultranza transformaron profundamente al país, de modo que hoy la razón neoliberal impregna todas nuestras instituciones: se modificaron en esa perspectiva la Constitución y otras leyes, se adecuaron a ella los aparatos del Estado, sus instancias, sus políticas y sus reglas de operación; se reconfiguró la estructura de nuestra economía hoy severamente extranjerizada.

El neoliberalismo estructural que hoy conforma nuestras instituciones y nuestra economía, está siendo desmontado paulatinamente pues las leyes no se cambian por decreto, los aparatos de Estado son resistentes a las mudanzas y el sistema productivo responde a intereses poderosos que no se pueden soslayar y está sujeto a las inercias del mercado. El enfoque, en cambio, es asunto de voluntad; es una decisión política... que ya se tomó.

Hace dos años el gobierno entrante cambió el paradigma treintañero sustituyendo los supuestos básicos del neoliberalismo por otros principios, conceptos y valores. Un nuevo modo de ver las cosas y de proyectar el futuro; un modelo opuesto al neoliberal, que puede leerse en

los 50 objetivos del Proyecto de nación 2018-2024. Resumo la propuesta en seis conceptos contrastantes con el dogma librecambista:

Primero los pobres, concretado en redistribución progresiva del ingreso mediante aumento al salario mínimo y a las remuneraciones de los trabajadores de base al servicio del Estado, pero también la cobertura universal de los servicios básicos, el apoyo a las madres solteras, a los jóvenes, a los viejos... Para el neoliberalismo primero van los ricos, pues – dicen los tecnócratas – si se crea y acumula riqueza arriba ésta gotea y llega a los de abajo.

Prioridad al sur, concretado en programas de desarrollo para la región, en el rescate del campo y de la economía campesina, y en la plantación de un millón de hectáreas con árboles, unos frutales y otros maderables. Para el neoliberalismo primero va el norte – volcado hacia los EU – pues al desarrollo lo guían el mercado y las ventajas comparativas.

Soberanía alimentaria, concretado en políticas de rescate al campo privilegiando la producción campesina, la ganadería y la pesca; comprando

a precios de garantía el maíz, el frijol, el trigo y la leche de los productores con menos de veinte hectáreas; favoreciendo las prácticas agroecológicas. Para el neoliberalismo el país no tiene vocación cerealera, de modo que es más rentable importar granos que producirlos.

Soberanía energética, concretado en la suspensión de las rondas y licitaciones donde se cedían los hidrocarburos, a lo que se añade la exploración en busca de nuevos mantos y la rehabilitación y construcción de refinerías. Para el neoliberalismo lo mejor es privatizar las paraestatales del ramo e integrarnos a la estrategia energética estadounidense exportando petróleo e importando combustibles.

Soberanía laboral, concretado en cumplir la obligación constitucional de generar empleos estables y remunerativos mediante el apoyo a la pequeña y mediana empresa y a través de programas regionales que retengan población local que de otra manera migra, entre ellos el millón de hectáreas reforestadas y las obras de infraestructura. Para el neoliberalismo el desempleo que propicia bajos salarios es lo que nos hace competitivos y exportar campesinos al tiempo

que se importan alimentos es un buen negocio para el país.

Recuperar al Estado como motor del desarrollo, concretado en erradicar la corrupción, la simulación y el dispendio, restituyendo a las instituciones públicas su función constitucional de impulsar el crecimiento, garantizando que éste sea integral, incluyente, justo y sustentable. Para el neoliberalismo el Estado debe ser mínimo y estar al servicio del mercado y sus usuarios corporativos, lo que incluye la prevaricación como palanca privilegiada de acumulación.

En el informe que presentó con motivo del segundo aniversario de su gobierno, el presidente de la República sintetizó en una frase la radical inversión que representa la política de la 4T respecto de la neoliberal. Según el fundamentalismo libre-cambista la riqueza se debe acumular primero en las bolsas de los de arriba para que de ahí gotee a los de abajo, el gobierno de López Obrador lo hace exactamente al revés: “Los recursos del Estado — dijo — se destinan a la base social para que de ahí suban a los estratos superiores”.

El rumbo

Ahora bien, dismantelar las estructuras neoliberales que aún nos agobian demanda tener claro el rumbo, la dirección, la puerta de salida. Y dado que el neoliberalismo no es más que una fase particularmente canalla del capitalismo, nuestro post neoliberalismo necesita una estrategia post capitalista.

Quienes se quejan de que la cuarta no es anticapitalista debieran tomar en cuenta que el mandato de los 30 millones fue sacar a México del pozo neoliberal. Nada más y nada menos. Pero quienes se conforman con eso se quedan cortos. Porque salir del neoliberalismo es ir avanzando hacia otra cosa. Y esta otra cosa no puede ser el capitalismo.

Ni maximalismo estéril ni inmediatismo miope.

El socialismo feo que conocimos en el siglo XX no es mi post capitalismo. Pero tampoco creo en un socialismo que se vea bonito en los libros proféticos y los folletos propagandísticos. Y es que de un tiempo a esta parte ya no confío en las recetas; paso de las utopías prescriptivas que debiéramos construir siguiendo obedientemente ciertos planos socio arquitectónicos.

Pienso que el nuevo mundo hay que irlo inventado entre todos, sobre la marcha y sin seguridades ni garantías. La idea tranquilizadora de que a un modo de producción sigue otro modo de producción superior y que el nuevo va creciendo en las entrañas del viejo me parece insostenible por determinista.

Y si no hay destino manifiesto, si no hay providencia histórica lo que queda es la imaginación; la capacidad que tenemos todos, individual y colectivamente, de inventar no un futuro sino muchos futuros. Que los sueños utópicos del que duerme en hamaca no son iguales a los de quien duerme en estera, en petate o en colchón.

Es verdad que no hay camino, que hacemos camino al andar, pero ciertamente necesitamos un norte, un rumbo. Y pienso que éste es un post neoliberalismo que le va abriendo paso al post capitalismo. Post capitalismo cuyas narrativas, cuyos componentes, cuyos contenidos positivos habremos de ir inventando sobre la marcha y entre todos... Entre todos.

Digo entre todos, porque en este caminar no estamos solos. La 4T no es hazaña solitaria sino parte de un concurrido curso emancipatorio latinoamericano. Afluente de una riada subcontinental de lucha iniciada hace 22 años cuando Chávez

ganó la Presidencia en Venezuela. Triunfo al que siguieron el de Lula en Brasil, el de Néstor Kirchner en Argentina, el de Tabaré Vázquez en Uruguay, el de Evo Morales en Bolivia, el de Rafael Correa en Ecuador, el del obispo Lugo en Paraguay, pronto desbancado por un golpe...

El ciclo progresista que arrancó con el siglo perdió impulso y refluyó en el tercer lustro, cuando se perdieron los gobiernos de Brasil, Argentina, Ecuador, Bolivia y Uruguay. Pero veinte años después del triunfo electoral de Chávez en Venezuela, López Obrador ganó en México. El mismo año la izquierda regresó al gobierno en Argentina; dos años después el golpe fue revertido en Bolivia y los movimientos sociales avanzan en Chile, en Colombia, en Ecuador... En Nuestramérica la izquierda está de regreso.

Si en 1998 Hugo Chávez inició el primer ciclo del curso emancipatorio nuestramericano, veinte años después, en 2018, López Obrador inició el segundo ciclo. Una segunda oleada que no puede repetir los modelos de la primera, porque entonces había una economía global en crecimiento y hoy hay recesión, porque entonces no había covid-19 y hoy hay covid-19, porque entonces no sabíamos cosas que hoy sabemos. Pero tenemos en Nuestramérica experiencias buenas y malas de las que aprender. Y hacerlo juntos.

TODAS LAS MUJERES LA MUJER: LA MARCHA DE LAS JACARANDAS

*Cuidado con las mujeres cuando se sienten asqueadas
de todo lo que las rodea y se sublevan contra el mundo
viejo. Ese día nacerá el mundo nuevo.*

Louise Michel, 1873.

*Señores, mientras aprenden a conocer nuestro miedo
y nuestro enojo, mejor no se acerquen, no nos miren, no
nos quieran, no nos cuiden, no ofrezcan nada, amárrense la boca
y amárrense las manos.*

Karina Gidi, 2020.

Sitiado en mi epidermis

El domingo 8 de marzo del 2020 estuve ahí. Bueno, estuve y no, porque esa marcha no era mi marcha. Yo no estaba invitado a la fiesta salvaje y profética que fue el día de la mujer. Ese domingo mi género era mi prisión. Y sentí envidia; no envidia del pene que dijera el machín del diván, sino envidia de la vagina.

Aunque dolorida por las tantas muertes, la del domingo no fue una movilización doliente, sino un desfile airado y carnavalesco donde la sensatez numéricamente dominante era rebasa-

da a cada rato por la telúrica locura de las amazonas adolescentes, de las Juanas de Arco de negro y embozadas, de las “chicas superpoderosas” que tumbaban, rompían, desgarraban, pintaban... porque ésa era la exaltante coreografía que en ese momento hacía falta; un *performance* feroz, políticamente incorrecto, pero visceralmente necesario.

Frente a las incursiones de las mujeres de negro, las otras —que eran mayoría— gritaban ¡No-vio-len-cia! ¡No-vio-len-cia! Pero cuando por fin las vallas metálicas que protegían al Banco de México cedían con estruendo a las arremetidas de las encapuchadas, una niña ninja se encaramaba a las rejas de la ventana, sacaba de su mochila un marro como el de Thor (el de Marvel, claro) y tras romper el vidrio blindado de unos cuantos golpes, lanzaba al interior una bengala de humo morado, la concurrencia —toda la maldita concurrencia— comenzaba a ulular. A ulular como ululan los árabes y los apaches de las películas. Un aullido salvaje que ninguna manifestación masculina podría repetir.

Y se enchina el cuero. Porque cuando ellas marchaban, bailaban, gritaban, ululaban... uno se sentía atrapado en un cuerpo de varón. Descubrí entonces que para los nacidos hombres

el extrañamiento más vertiginoso no es el que resulta de la confrontación con el otro sino con la otra; el irreductible abismo del género. Una discontinuidad del ser resistente a la empatía, el afecto, la comprensión, el amor, la solidaridad. Entre el otro y la otra no hay reunificación posible, lo que —viéndolo bien— es bueno. Bueno pero aterrador para los varones; para quienes creímos haber totalizado la condición humana en torno a nuestro género: “El Hombre” decíamos engolando la voz.

Y no. Ahí afuera están las otras, desfilando en ríos interminables: niñas, jóvenes y viejas; populares, clasemedieras y adineradas; indígenas, mestizas y blancas; unas en carriolas y otras en silla de ruedas... pero todas verdes o moradas, todas mujeres, todas las mujeres la mujer.

No soy nuevo en estas calenturas. En los sesenta y setenta marché con los sindicatos gritando ¡Los obreros al poder!, sin ser obrero; en los ochenta marché con los campesinos gritando ¡Zapata vive, la lucha sigue!, sin ser campesino; en los noventa marché con los pueblos originarios gritando ¡Nunca más un México sin nosotros!, sin ser indígena; en 2012 marché con los chavos del #Yosoy132 gritando ¡Peña, puto! y hacía mucho que no era estudiante... Pero este 8

de marzo, aunque también estaba ahí, no podía gritar ¡Somos malas y podemos ser peores! No podía porque ese grito no era mi grito.

¡Somos malas y podemos ser peores!, una consigna excepcional que no proclama las proverbiales galas del sujeto vociferante: construimos catedrales y vivimos en chozas, alimentamos al mundo, representamos al México profundo, somos el futuro de América Latina... sino que manda al carajo la imagen petrificada que hemos construido para ellas: maternales, afectivas, amorosas, buenas... trampa definitiva que es un grillete más de la sumisión. ¡Pues no!, somos malas y podemos ser peores. Dadoras de vida y emblema de la ética del cuidado podemos romper, podemos destruir, podemos amenazar: ¡La verga violadora, a la licuadora! ¡Machete contra el machito!

Y uno siente miedo. No miedo a las vándalas, chavitas guerreras que se movían como yo, no por el arroyo como las demás, sino por las banquetas y rompiendo escaparates cuyos vidrios tenía que esquivar. No miedo físico sino miedo metafísico. El miedo metafísico de quien por unos instantes vislumbra al ser; la otra cara del ser que siempre estuvo ahí, pero disfrazada, suplantada, reducida a una versión menor de la

nuestra: una copia suavizada del rostro del hombre que incluye y diluye...

La mujer; la otra radical en este mundo, uno que primero la borró y ahora que ya no puede disminuirla quisiera exorcizarla; la proverbial “otra mitad” que cuando se hace patente como movimiento nos saca a todos —y a todas— de nuestras casillas, de nuestro monista confort. Y digo a todas porque sospecho que también para ellas, ha de ser vertiginoso descubrir que su padre, su hermano, su esposo, su hijo... que su entorno masculino puede (debe) ser puesto entre paréntesis para así dejar de verse en los ojos del otro y por un rato verse solamente en los ojos de la otra.

También nosotros tenemos que hacer la tarea, no sólo pasmarnos ante el aquelarre que nos segrega sino ir desmontando y reconstruyendo nuestra masculinidad. Aunque me temo que lo nuestro será menos épico; no como ellas que están saliendo en tropel y ululando del clóset patriarcal, sino algo más anticlimático. Y es que la conversión del opresor nunca será tan deslumbrante como la irrupción libertaria de las oprimidas.

Toc, toc... ¿Quién es?... La otra mitad del mundo
Aquel domingo se vio; detrás del movimiento de las mujeres hay mano verde o mano morada,

no mano negra. Los antiabortistas estaban ahí, pero eran los de provida los que retaban a las marchantes a un costado de la Catedral ¡Cristo sí, feminismo no! La ultra también estaba, pero su proverbial violencia acabó siendo absorbida y adoptada por una marcha cuya contundencia anti sistémica estaba sobre todo en el número y el ánimo. Antorcha Campesina no llegó.

¿Excesos? Sí, los hubo. Agredir a las policías, que no son represoras ni símbolo del sistema, sino mujeres modestas que hacen su trabajo y además no van a responder, es odioso machismo; y tirar bombas molotov contra los que cuidan la Puerta Mariana, no es violencia simbólica sino vil provocación.

Unxs se cuelan y otrxs se pasan, pero es que así son las cosas. Todo movimiento amplio y diverso —es decir todo movimiento verdadero— da lugar (inevitablemente) a una amplia gama de comportamientos políticos: el oportunismo de quienes quieren llevar agua a su molino, los exabruptos de los grupos extremistas testimonio de la súbita liberación de un coraje largamente entripado.

Reconociendo que hablo desde el sesgo de mi condición y tienen derecho a callarme, déjenme decirles que creo encontrar algo de con-

fusión en su movimiento. Los hombres, todos los hombres, somos parte del problema, pero no necesariamente parte del enemigo. El Estado liberal para el que no hay género sino sólo indiferenciados ciudadanos, es funcional al sistema clasista, racista, patriarcal y adultocéntrico, pero no todo gobierno es feminicida. Ciertamente a la 4T le falta perspectiva de género y el presidente como que ve venir al Santo (o la Santa) y no se le hinca, de modo que tiende a diluir la cuestión patriarcal en otras injusticias; pero Andrés Manuel no es un violador y su gobierno puede ser —está siendo— un aliado de la lucha feminista: doña Olga y doña Claudia están jalando bien y hasta el rector Graue se puso las pilas. Exigir mano dura y que aumenten las penas no sirve de mucho y puede resultar un engañoso placebo, pues las sanciones severas ocultan el hecho de que no por ellas la violencia sexista remite; a los machines no tiene caso meterles miedo porque es precisamente por su miedo que te matan; el remedio es otro.

El fundamentalismo y el maximalismo, la estrategia de todo o nada, la táctica de irse contra todos y contra todo, abonan la perpetuación del orden que abominan. Hay que seguir presionando a los gobiernos, las universidades, los empresarios, los periodistas, porque sólo así entienden

y aún es mucho lo que pueden y tienen que hacer para contener el sexismo y sus extremos feminicidas. Pero teniendo claro que el núcleo duro del sexismo es cultural y estructural, de modo que exigir su abolición por decreto es engañarse y engañar a quienes luchan. Al orden patriarcal, que es a la vez clasista, racista, adultocéntrico y lo que se acumule (vean la interseccionalidad) lo iremos desgastando entre todxs en un proceso gradual, acumulativo y de larga duración, como las estructuras casi geológicas que confronta.

Ah, pero hay saltos, quiebres, derrepentes, rupturas, momentos fractales y felices en que se apersona el Mesías (o la Mesías), en que la masa crítica pacientemente acumulada por los picapiedra vence resistencias ancestrales y en unos cuantos minutos, horas, días... se desploman los armazones carcomidos y se avanza un buen. Y el 8 de marzo fue de esos. Vaya que sí.

Porque la trascendencia de un movimiento no se mide por cuántas de sus demandas se lograron sino por la amplitud y profundidad de las experiencias colectivas que conlleva. Los movimientos verdaderos son *performances*, experiencias puras y encueradas que valen por sí mismas y transforman a quienes las viven, sea de primera mano o de manera vicaria. Lo que sigue es darle continuidad.

¡CORONAVIRUS!

Ha dicho Ignacio Ramonet que la pandemia es un “acontecimiento social total”. Yo he dicho que es una “experiencia desnuda planetaria”. Creo que las dos cosas son ciertas: es un evento que nos abarca a todos y que impacta todos los aspectos de la vida y es una vivencia compartida por la humanidad entera que desarticula los esquemas interpretativos y desnuda nuestra conciencia y nuestra sensibilidad.

Vaya que vivimos tiempos axiales, liminares, ruptóricos: hace apenas unos días en un texto llamado *La marcha de las jacarandas* daba fe de la celebrable fractura ontológica que representa el nuevo movimiento de las mujeres, y treinta días después tengo que dar fe del ominoso quiebre de los tiempos que representa la pandemia del covid-19. ¿Y luego, qué? Sospecho que luego habrá más sorpresas, más acontecimientos globales imprevistos y desquiciantes, más experien-

cias *a raíz*, más trances colectivos, vertiginosos, espantables, iluminadores.

Desde el siglo VI la gente asoció la peste negra con el martirio de San Sebastián: las flechas eran el mal y en el santo que milagrosamente se sobreponía a ellas estaba la salvación. Desde entonces, cuando nos sentimos amenazados buscamos nuestro sansebastián: nuestra estampita; nuestra tranquilizadora explicación y nuestro santo remedio. Y así lo hago yo, recurriendo a un texto que escribí hace catorce años sobre la dimensión sanitaria de la que he llamado la Gran Crisis, que en la nueva emergencia me sigue pareciendo válido.

Después de analizar las dimensiones medioambiental, energética, alimentaria, económica, migratoria y política del colapso civilizatorio, decía en *El hombre de hierro*, sobre la crisis sanitaria:

“El problema generado en 2009 a raíz de la pandemia de influenza AH1N1, provocado por un virus mutante, no pasó a mayores. Pero lo cierto es que el peligro de una crisis mundial de salud está latente. En una sociedad globalizada, resulta una mezcla explosiva la combinación de enfermedades cada vez más rápidamente dispersadas por millones de viajeros y una me-

dicina que casi en todas partes se privatiza, excluyendo a las mayorías de la debida atención... Hay, pues, un alto riesgo de que se repitan crisis sanitarias globales como la gripe asiática de 1957, que mató a cuatro millones de personas, o la gripe de Hong Kong que entre 1968 y 1970 dejó cerca de dos millones de víctimas, pero ahora agravado por el efecto empobrecedor de la crisis económica que favorece las enfermedades; por un cambio climático propiciador de pandemias y por una agricultura y una ganadería industriales que producen alimentos contaminados y de mala calidad. Además de que la avicultura y porcicultura intensivas, creadoras de lo que algunos llaman 'monstruos metabólicos', parecen estar asociadas a la aparición de virus mutantes. Según un estudio del Centro de Investigaciones Pew, 'el continuo reciclaje de virus en grandes manadas o rebaños incrementará las oportunidades de generación de virus nuevos, por mutación o recombinación, que podrían propiciar una transmisión de humano a humano'. Epítome de nuestro fracaso civilizatorio en el ámbito de la salud..." bla, bla, bla...

Lo bueno de sansebastianes como el anterior de mi autoría es que tranquilizan: lo que pasa no es nada nuevo, estaba previsto, ya lo

sabíamos, se los dijimos...; lo malo es que planchan, pasteurizan, normalizan un acontecimiento radicalmente disruptivo que nos tiene a todos encerrados viendo cómo se acaba el mundo. El problema de estas retóricas no es que sean falsas, sino que dan viejas respuestas a preguntas recién nacidas.

¿Recuerdan el chiste del niño que, para el examen de zoología, sólo había preparado el tema de la lombriz, y cuando le preguntan por el elefante responde impertérrito: “El elefante es un animal grande y gris cuya colita asemeja una lombriz...” Y se arranca: “Porque la lombriz...”? Pues así hacemos nosotros.

Dice el calificado economista: “La recesión económica ya la habíamos pronosticado, la pandemia no es más que un acelerador...” Sostiene el actualizado politólogo: “La pandemia es parte de la nueva biopolítica que es la necropolítica, los gobiernos la exageran para justificar la profundización del autoritarismo...” Afirma el filósofo esclarecido: “Es una forma de prolongar el ‘permanente estado de excepción’, ya lo decía Benjamin...” Proclama el comunalista profundo: “La pandemia se origina en la globalización salvaje, de modo que su salida está en lo local, en las autonomías, en los Caracoles...” Anuncia el

ambientalista pachamámico: “La madre naturaleza nos pasa la factura, tanto habíamos degradado el entorno del murcielaguito que...” Pontifica el marxista: “La pandemia oculta problemas estructurales como la explotación, la pobreza y la exclusión, que matan más que el virus...” Proponen los pactistas: “La pandemia crea las condiciones para un gran acuerdo nacional en el que, ahora sí, se nos escuche a todos...” Convoca el izquierdista radical: “Hay que transformar a la pandemia en un llamado a la revolución, el capitalismo está tocado de muerte, éste es el momento de...”

El reflejo reduccionista de los expertos es entendible y aceptable, pues somos gente de buena fe, que trata de decir la verdad —la verdad de cada quien— aunque no toda la verdad ni la más urgente a la hora de la verdad.

Otros, en cambio, son aves carroñeras que ven en la pandemia una oportunidad para sacar adelante sus deleznable objetivos: el PAN y el PRI salen de sus tumbas e instrumentalizan a los muertos; el Consejo Coordinador Empresarial y la Confederación Patronal exigen ruinosos megafobaproas (salvemos la economía y ésta goteará sobre la salud) y demandan la renuncia del presidente de la República... Y para lograr-

lo difunden falsedades: no se tomaron medidas desde el principio y por eso se propagó la pandemia, si cierras las fronteras el virus no entra, no se quieren aplicar pruebas rápidas para así ocultar los datos, se le vendieron nuestros tapabocas a China y por eso no se recomiendan...

Frente al griterío de los restauradores, que se montan en la emergencia sanitaria para tratar de regresarnos al pasado, López Obrador reafirma tercamente su proyecto: una Cuarta Transformación cuyos ejes estratégicos no cambian por efecto de la pandemia, como la mortífera influenza española no modificó los programas de los principales actores de la revolución de 1910.

Tiene razón Andrés Manuel: para enfrentar la crisis sanitaria y la económica que seguirá, hay que poner primero a los pobres, hay que proteger el empleo y el ingreso, hay que garantizar el acceso universal a los servicios... nunca más socializar las pérdidas mientras se privatizan las ganancias.

Y para esto habrá que seguir apoyando a 22 millones de personas en extrema pobreza, otorgar 2.2 millones de créditos a minis, pequeñas y medianas empresas; apresurar obras de infraestructura como la refinería y el ferrocarril transítmico que darán trabajo directamente a 100 mil,

e indirectamente a 250 mil; generar este año 2 millones de nuevos empleos; bajar el precio de los combustibles; acelerar la devolución del IVA; transparentar y movilizar los recursos que los fideicomisos... Todo sin aumentar impuestos ni contraer más deuda (¿se podrá?).

“No es tiempo de ocurrencias”, ha dicho López Obrador. Y, en efecto, no lo es; el diagnóstico de los problemas estructurales del país no varía por la pandemia y la estrategia general para superarlos es la misma... Pero, fuera de eso, la crisis biosocial planetaria lo mueve todo; habrá que redistribuir recursos y ajustar las prioridades, será necesario revisar los tiempos y los ritmos, se cerrarán “ventanas de oportunidad” y se abrirán nuevas...

Hay que salir del neoliberalismo, esto no cambia; pero, así como no salías igual en la primera década del siglo XXI y con viento de cola (como lo intentaron en el cono sur de Nuestramérica) que como tratabas de salir en la segunda década y con viento en contra (como nos tocó a nosotros), tampoco será igual el tránsito después de la pandemia que el tránsito antes de ella. Hay una 4T pre covid-19 y una 4T post covid-19, y no entenderlo así puede hacer más difíciles las cosas.

Pongo un par de ejemplos: De por sí éramos un país de pobres, pero el covid-19 nos

hará retroceder diez o más años en ese terreno ¿Necesitaremos otra década para regresar a la situación que teníamos al empezar 2020? ¿Hay una vía más corta? Sacar a alguien de la pobreza cuesta y tarda, pero de un día para otro una emergencia sanitaria, un sinestro natural o una recesión económica lo regresa a la situación anterior. ¿No podríamos diseñar una prosperidad más resiliente a las crisis?

Pienso en los caficultores mexicanos. Un pequeño productor con café de exportación que vivía dignamente de una pequeña huerta y nada más, se va a arruinar ahora que por la crisis caigan los precios internacionales del aromático, que es un bien de consumo suntuario al que le pegan fuerte las recesiones. En cambio, un caficultor que en su huerta también tiene frutales y quizá algunos apiarios, que cultiva una milpa de auto consumo y que dispone de un traspatio con hortalizas, gallinas y a lo mejor un par de puercos, perderá ingresos con la desvalorización temporal del café, pero podrá seguir adelante. El segundo es resiliente, el primero no.

No es receta, pero sí un modelo replicable y escalable. Un paradigma que vale para una familia, una comunidad y un país...

Regreso a la pandemia: nunca nos había pasado algo así, nadie de quienes hoy vivimos había tenido una experiencia semejante; enfrentamos la catástrofe biosocial del siglo y quizá de varios siglos: más global que las guerras mundiales, más ubicua que la gran depresión, más retadora que el neoliberalismo... Y de ésta saldremos cambiados.

Así lo entendía Jules Michelet, que en el estremecimiento de la peste negra descubría el génesis del aquelarre liberador. En su acercamiento al tema, el historiador no buscaba causas, culpables, curación... sino el nacimiento de una nueva subjetividad post apocalíptica. En *La bruja*, libro de 1872, señala que el aquelarre es mencionado por primera vez en 1353, y concluye sobre ese primer registro:

“¿Qué más natural que el aquelarre? La peste negra arrasa el globo y ‘mata a un tercio de sus habitantes’. El Papa es degradado, los señores batidos, prisioneros, sacan su rescate del pobre siervo y se le quedan hasta la camisa. Comienza la gran convulsión del tiempo seguida de la guerra de los siervos, la *jacquerie*... Se llega a tal grado de furor que se baila...”

Bailemos, pues.

PARAR AL SARS-COV2: ¿LA NATURALEZA SIEMPRE ES SABIA?

1918. La prensa mundial y la epidemia de gripe
España, octubre 3, 1918. Se ha extendido hacia otros puntos de la península española la epidemia de gripe que afecta últimamente la región de Cataluña y de forma especial a la gran urbe de Barcelona. Alarmados ante el desarrollo de esta epidemia, que ya ha cobrado víctimas mortales, las autoridades han decidido adoptar urgentes medidas de carácter preventivo y paliativo. El Ayuntamiento ha aprobado un presupuesto especial y el claustro universitario ha declarado el cierre, por tiempo indefinido, de la Universidad.

Alemania, diciembre 31, 1918. Desde el mes de septiembre próximo pasado hasta la fecha, ya son 196,000 las víctimas mortales que ha cobrado la epidemia de gripe que se encarniza implacablemente sobre Alemania, sin que las medidas sanitarias que se habían adoptado hayan servido para detener la mortandad. En los Estados Unidos la situación también es gravísima, y las cifras de muertos a causa de la epidemia

de gripe alcanzan la aterradora cantidad de medio millón. Es como si una ciudad de las proporciones de Barcelona hubiese sido aniquilada.

México, octubre 7, 1918. Se multiplican en Laredo los casos de influenza española, epidemia a la que hasta ahora se da este nombre y que causa numerosas víctimas. También en El Paso, Texas, y en Torreón hay un veinte por ciento de los habitantes enfermos.

México, octubre 9, 1918. Se ordena la cuarentena para el vapor Alfonso XII, que trae muchos enfermos de la influenza española. En un tramo inmediato al pueblo de La Piedad, están tirados como un rebaño, centenares de enfermos. En la Villa de Guadalupe hay 30 soldados atacados del mal. Los médicos no aciertan a definir de qué enfermedad se trata; las víctimas, antes de morir, arrojan sangre por la nariz y la boca. En la Comarca Lagunera mueren 300 personas en 48 horas y en Monterrey se calcula que hay 30,000 enfermos. En Ciudad Juárez el Hipódromo se ha convertido en lazareto y faltan médicos y medicinas...

Entre 1918 y 1919 la influenza española infectó a 500 millones (un tercio de la humanidad) y mató a 50 millones, entre ellos el poeta Guillaume Apollinaire. También enfermaron, pero sobrevivieron, las escritoras Virginia Woolf y Katherine Ann Porter.

Cien años después

Traigo a colación estas notas, porque documentan el pasmo con que se vivía en el momento una pandemia comparable a la nuestra; no los balances históricos o las reflexiones a toro pasado, sino las inediatistas y crudas versiones periodísticas.

Y hago esto porque creo que necesitamos empezar a transitar de las muy pertinentes y necesarias consideraciones epidemiológicas, ambientales, económicas, sociológicas, políticas... que ponen filtros disciplinarios entre nosotros y lo que nos está ocurriendo, a reconocer también lo que tiene de inédito para las últimas generaciones el que Ramonet ha calificado de “hecho social total” y que yo llamaría experiencia desnuda planetaria. Porque en estos días todo se mueve y debieran moverse igualmente algunas convicciones.

La presente crisis biosocial se expande a través del orden civilizatorio que hemos construido. Y algunos pensamos que nos obligará a transformarlo profundamente, pues sus males —que ya eran conocidos— muestran toda su virulencia a la hora de hacer frente a la pandemia. La economía del lucro, la desigualdad y polari-

zación social, los intensos flujos de la globalización, el ecocidio en curso, el racismo colonialista, el sexismo patriarcal y el autoritarismo político se desenmascaran como nunca y causan sufrimiento y muerte evitables.

Por ejemplo, es vergonzoso y aterrador que la mayor potencia del mundo esté gobernada por un hombre capaz de decir públicamente y como presidente, peligrosas incoherencias como la siguiente: “Sabes, si mantuvieran a la gente por más tiempo con los cierres, también vas a perder a la gente de esa manera. Y ya lo has hecho, estoy seguro... Pero ante el abuso de las drogas y, según dicen, el suicidio, hay muchas cosas diferentes. Sólo para que sepan, no hay gran forma de ganar, de un modo u otro... El hecho de que estamos dejando que las personas salgan y vayan a sus trabajos, es porque tienen que hacerlo. Y sí, es posible que haya algunos muertos”. Con la misma irresponsable ligereza el vicegobernador de Texas, dijo: “Los abuelos debieran sacrificarse y dejarse morir para salvar la economía”. Sin duda, en este mundo algo tiene que cambiar.

Sin embargo, hay que reconocer que en el principio no fue la economía, no fue la pobreza, no fue la batalla por los mercados, no fueron las guerras, no fueron las trasnacionales, no fue el

cambio climático y el deterioro medioambiental, no fue el racismo, no fue el patriarcado... fue un pinche virus que ni siquiera está vivo. Como en el caso de los terremotos y los tsunamis, en el origen de la pandemia está la naturaleza.

¿Castigo divino?

Para los antiguos las pestes eran un castigo de los dioses, debido, quizá, a las infracciones por nosotros cometidas, pero decidido por ellos y originado en ellos. En cierto modo sigue siendo así; somos responsables del modo en que la pandemia se propaga y maneja, pero su fuente está fuera; en la otredad radical que para la sociedad (cualquier sociedad) es la naturaleza, la interna y la externa. Por eso, además de malestar social, hay angustia ontológica. La pandemia nos remite a nuestra finitud biológica. Y lo hace de manera dramática, pues la muerte — que a todos nos espera — en las pandemias nos busca, nos persigue, nos acosa... Y es selectiva, quiere sobre todo a los viejos, a los enfermos, a los varones... me quiere a mí.

Hablemos a calzón quitado. Lo cierto es que un murciélago le pasó un virus a un pangolín y éste a un humano que enfermó y contagió a otros. No es nada nuevo ni tiene que ver directa-

mente con la modernidad ni con el capitalismo, los virus zoonóticos llevan millones de años desafiando nuestras defensas.

Pero no faltará quien piense que la naturaleza es sabia y este mutante se va contra los viejos y los enfermos, individuos débiles que la especie humana había acumulado en demasía y biológicamente eran un lastre. La humanidad saldrá del trance saneada y rejuvenecida; podría decirse que la pandemia es una poda necesaria.

Pues no, claro que no. Porque sucede que los humanos no somos pura biología, somos sociedad, y no pensamos someternos así nomás a los crueles designios de madre natura, que para eso llevamos milenios tratando de domeñarla. Entonces nosotros, los humanos, nos empeñamos en defender a nuestros viejos y a nuestros enfermos, fastidiando de esta manera al coronavirus y a su patrocinadora, la Pachamama. Y está bien, porque así nos afirmamos como humanidad, no contra la biología, sino más allá de la biología.

La crisis de la modernidad y el legítimo rechazo a sus dislates tecnocientíficos, potenciados por la lógica del lucro y el mercado, nos estaba llevando a un ingenuo neo naturalismo pachamámico. La pandemia nos obliga a reconocer

que los heroicos esfuerzos por contener y controlar a la naturaleza no son lastre sino aporte de la modernidad. No más hambrunas y pestes negras aniquiladoras, por más que sean biológicamente racionales y necesarias. Nuestra historia ya no es historia natural sino sobrenatural, artificial, social... Vendrán los virus, vendrán, pero les haremos frente.

EL VIRUS, LA SOCIEDAD, EL ESTADO

¿El Estado en cuestión? Nunca ha estado el Estado más presente, nunca han sido los Estados más poderosos. De ahí una tentación doble: la del aprovechamiento, la de la negación.

François Chatelet y Pisier-Kouchner.
Las concepciones políticas del siglo XX.

Hoy más que nunca necesitamos Estados legítimos, a la vez que expertos y responsables... Estados que por lo general no tenemos, de modo que habrá que procurarlos. El covid-19 y, en un sentido más amplio, la inocultable crisis de la relación sociedad-naturaleza, reclaman un activismo estatal calificado; siendo indispensable, la autogestión ciudadana no basta ni con mucho para hacer frente a turbulencias planetarias como el cambio climático, las pandemias y sus secuelas socioeconómicas. Por fortuna, en el México de la 4T hay ese protagonismo, lo que explica que estemos tan atentos a las conferencias

vespertinas de la Secretaría de Salud a cargo del subsecretario Hugo López-Gatell. Y reconocer esas vitales incumbencias estatales importa porque una parte de las izquierdas de por acá venimos del antiestatismo idiosincrático. Trataré de ponerlo en perspectiva.

He dicho que la pandemia es una experiencia desnuda planetaria, y también que de las experiencias colectivas *a raíz*, nacen prácticas sociales inéditas, ¿catapultará el covid-19 un mayor protagonismo de los Estados? Estamos en plena turbulencia y no es posible asegurarlo, pero puede ser útil recordar lo que se gestó en otros eventos traumáticos.

La invención de la “sociedad civil”

Hace 35 años los chilangos vivimos una experiencia radical: un terremoto que dejó destrucción, sufrimiento y más de 20 mil muertos. La novedad positiva que nos trajo fue el nacimiento de la “sociedad civil”. Ante un evento natural catastrófico que paralizó al gobierno, los ciudadanos emprendieron el rescate de las víctimas supliendo la ausencia del Estado. Y de ese activismo surgió una inédita civilidad. No como concepto, que ya estaba ahí, sino como práctica multitudinaria que muy pronto se reconoció a sí misma

y fue extendiéndose a otros ámbitos. Así junto a los gremios y los agrupamientos políticos ya existentes, aparece un nuevo actor: una ciudadanía que se organiza para autogestionar necesidades sociales que el gobierno no atiende, un novedoso activismo que a veces desata movimientos multitudinarios y otras conforma pequeños núcleos temáticamente especializados: las famosas ONG's.

Y del activismo emerge un nuevo imaginario sustentado en el amor a la sociedad y el odio al Estado ("el más frío de los monstruos fríos", dijimos algunos siguiendo a Nietzsche). Un radical cambio de énfasis por el que también pasamos de la Historia a las historias, de lo estructural a lo territorial, de la ciencia a los saberes, de las clases a las identidades, de la nación a la localidad, del poder gubernamental al poder popular, de los partidos a los movimientos, de la política a lo político... El ensayo de Carlos Monsiváis subtítuloado *Donde aparece la sociedad civil*, que disecciona en estos términos las secuelas del sismo, termina en 2005 dando cuenta de la Marcha del Silencio en la que un millón doscientas mil personas apostaron por Andrés Manuel López Obrador como futuro presidente de la República; acontecimiento liminar que simbólicamente señala el fin del antiestatismo a

ultranza y el arranque de la lucha por un cambio de régimen.

Reemergencia del Estado

Porque con el siglo llegan también nuevos vientos societarios y la política, los partidos y los Estados van recuperando protagonismo cuando, tras algunos años de fuertes movimientos contestatarios, las izquierdas sociales de muchos países forman partidos y en ocasiones ganan gobiernos. En América Latina es el “progresismo” de Venezuela, Brasil, Argentina, Uruguay, Bolivia y Ecuador; en Europa parte de los *agantismeni* griegos pasan de la Plaza Syntagma al partido Syriza y los indignados españoles hacen posible Podemos; en Estados Unidos ocupa Wall Street animan el socialismo democrático de Bernie Sanders en el Partido Demócrata, y así.

Los usos societarios no se siguen unos a otros, sino que se superponen y traslapan, de modo que las batallas por el poder estatal no cancelan la autogestión comunitaria y la construcción de poder popular, al contrario. Sin embargo, lo cierto es que con el siglo XXI llegó también una revalorización de lo estatal como palanca emancipatoria.

Relevancia que la pandemia va a potenciar, pues cada día resulta más claro que sólo

los Estados y los organismos multilaterales pueden movilizar las capacidades y los recursos necesarios para hacerle frente. La solidaridad, el apoyo mutuo, la cohesión comunitaria, son indispensables para sobrevivir a la covid-19, pero únicamente instancias centralizadas como las gubernamentales pueden generar, captar, procesar e interpretar la información necesaria para tomar decisiones sustentadas y para de inmediato poner en acción los ingentes recursos institucionales, económicos y materiales que se requiere para operarlas. Si lo hacen o no, es otra cosa. Pero, si no son ellos ¿quién?

La humanidad entró en zona de turbulencia, una crisis multidimensional que cuestiona el orden económico, social y político, pero también el tipo de relación que tenemos con la naturaleza: degradación medioambiental, calentamiento global, estrés hídrico, pérdida de biodiversidad, astringencia energética, insuficiencia alimentaria y, por último, aunque no menos importante, emergencias sanitarias que ponen en entredicho nuestra sobrevivencia biológica. Una contingencia civilizatoria múltiple cuya contención y eventual superación demanda esfuerzos extraordinarios a todos los niveles: las personas, las familias, las comunidades, las naciones y los

Estados incluyendo lo que hay de organismos multilaterales. Con menos no salimos de ésta.

¿Que la mayor parte de los gobiernos sirve a otros intereses y/o carece tanto de capacidades como de recursos, que los acuerdos sustantivos entre naciones parecen imposibles y que los organismos multilaterales existentes responden más a las transnacionales que a la humanidad? Así es, en efecto. Pero cambiar tal estado de cosas es asunto literalmente de vida o muerte y en estos días miles de millones de personas se están dando cuenta.

Navegamos hacia el iceberg y hay que corregir rápido el rumbo del Titanic. Sin embargo, algunos piensan que no tiene caso cambiar de timonel —pues todos son iguales— y es mejor dejar que se hunda el barco confiando en que de por sí sabemos remar y habrá lanchitas suficientes para todos. “La transición actual adoptará la forma de una decadencia o desintegración más que de una transformación controlada. Debemos perder el miedo a una transformación que toma la forma de derrumbamiento desordenado y anárquico... pero no necesariamente desastroso”, escribía a fines del siglo pasado Immanuel Wallerstein. Y concluía sosteniendo, optimista, que es posible que el derrumbe y la desintegra-

ción sea el mejor modo de transitar a “un sistema histórico menos jerárquico”. Hoy en que la “desintegración”, el “derrumbamiento”, el “desorden”, la “anarquía”; son escenarios posibles y cercanos, ¿pensaría lo mismo el brillante historiador? Sospecho que no.

En cuanto a mí, estoy convencido de que debemos trabajar por una “transición controlada”, por un recambio civilizatorio ordenado, por una revolución lenta pero persistente y acumulativa, por un curso emancipatorio utópico y a la vez posibilista, por el que algunos de hecho ya vamos marchando. Y si en este camino siempre fue importante recuperar al Estado (mover al elefante reumático, decimos aquí), hoy es fundamental para hacer frente a la pandemia y sus secuelas sociales y económicas.

El nuevo estatismo post covid-19 me parece insoslayable... y peligroso. Porque la intervención emergente de los gobiernos en la vida social puede conducir al totalitarismo, a la vez que la complejidad de las medidas necesarias propicia las imposiciones tecnocráticas. Un neofascismo, con o sin “expertos”, que en algunos lugares ya tenemos y en otros está surgiendo.

Tensión entre bondades y riesgos que es consustancial a la crisis de la modernidad, pues

el Estado-nación liberal dio de sí... pero sin él no salimos del atolladero, y se evidenció el potencial destructivo de una tecnociencia... cuyos aportes son indispensables para hacer frente a las grandes emergencias. No hay salida de la modernidad sin emplear en el escape los recursos intelectuales, institucionales y materiales que forjó la modernidad. Ahí está la oportunidad, ahí está el riesgo.

Las condiciones para la emergencia de la sociedad civil ya estaban ahí, pero el terremoto de 1985 hizo que embonaran las piezas del rompecabezas, definiendo un antes y un después. El reconocimiento de las incumbencias del Estado en los cursos emancipatorios viene de atrás, pero la pandemia de 2020 la está haciendo más evidente y configura un parteaguas. Sin embargo, será una batalla; un duro forcejeo entre quienes lo quieren al servicio del capital, quienes lo ven como enemigo jurado y quienes creemos que, junto con la sociedad organizada, puede ser una palanca decisiva del cambio libertario y justiciero.

RESILIENCIA

Vi a Sísifo empujando con entrambas manos una enorme piedra. Forcejeaba e iba ascendiendo la piedra hacia la cumbre de un monte; pero cuando ya faltaba poco para lograrlo, una fuerza poderosa hacía retroceder a la piedra, que rodaba hasta el llano. Tornaba entonces a empujarla...

Las pandemias, el cambio climático y las recesiones económicas son fenómenos globales y recurrentes; sacudidas civilizatorias que sabemos de cierto que vendrán, pero no sabemos a qué horas ni en qué plan; acontecimientos súbitos y colosales que desquician el conjunto de nuestros modos de vida: sistemas tecnocientíficos, estructuras productivas y distributivas, relaciones sociales, órdenes políticos, mundos simbólicos, jerarquías de valores, hábitos emocionales, comportamientos... Y los alteran en todas las escalas: en lo individual, en lo familiar, en lo comunitario, en lo nacional y en lo global...

Podemos llamarlas experiencias desnudas, si por experiencias *a raíz* entendemos aquellas

vivencias cuya intensidad pone en crisis nuestros reflejos intelectuales, valorativos y emocionales desmontando los filtros y tamices con que antes de la sacudida procesábamos y normalizábamos lo que nos llegaba del entorno. Como que de pronto la realidad se desacomodó y ya no sabemos qué onda...

Todos hemos tenido alguna vez iluminaciones, revelaciones, momentos extáticos que cambian nuestras vidas, pero ahora se trata de la humanidad toda. Es ésta una experiencia desnuda planetaria que pone en cuestión no sólo el presente sino el pasado y el futuro; tiempos idos y por venir que crisis globales recurrentes como las que nos tocaron, iluminan con otra luz cambiando su significado.

Por ejemplo, la idea de que la peste negra y las plagas eran asunto del mundo antiguo y que la pandemia de influenza española que hace un siglo mató a millones no se podía repetir, pues nuestros recursos sanitarios eran más potentes, se derrumba ante la evidencia de que por el momento para el covid-19 no hay vacuna ni cura, y aun si las hubiera, el nuevo virus llegó para quedarse. Recordemos al respecto, que el de la inmunodeficiencia humana transitó del mono al hombre en los años veinte del siglo pasado, se detectaron in-

fectados desde los cincuenta, a principios de los ochenta se le identificó y en cuarenta años no se le ha encontrado vacuna ni cura. Desde entonces vivimos con él, de modo que cuando menos en el terreno de las prácticas sexuales globales el SIDA creó una nueva normalidad: ¿qué tan distinta del condón es la “sana distancia”? Ya lo hicimos, de modo que sí se puede.

Emergencias sanitarias, siniestros climáticos planetarios, desplomes económicos... son evidencias que desacreditan la idea de un porvenir sin riesgos, sin catástrofes, sin crisis humanitarias (si alguien piensa que en su altermundismo predilecto no habrá virus o que a las comunidades en resistencia se la pelan las pandemias, siento decirle que está equivocado). No hay tal futuro idílico, los seres humanos vivíamos, vivimos y viviremos en peligro; la idea racionalista de que al poner en orden a la naturaleza y a la sociedad estamos construyendo un mundo de seguridades, es uno de los dogmas de la modernidad que se derrumban. Debemos aprender a esperar lo inesperado, hay que irse acostumbrando a vivir en la incertidumbre...

La nueva realidad que emerge del covid-19 deberá recoger la experiencia dura y pura no sólo de ésta y otras pandemias (infecciosas y crónico

degenerativas), también de las recurrentes emergencias climáticas y de los ramalazos endógenos que a cada rato nos receta la economía; deberá asumir la evidencia de que las crisis forman parte insoslayable de la vida personal y colectiva.

Ahora bien, aunque el positivismo haya tratado de apoderarse del concepto, las crisis no remiten a las cosas sino a las personas, no son estructuras que chirrían y colapsan, sino experiencias límite. En su acepción originaria las crisis competen al sujeto, no al objeto: en el teatro griego eran el momento de definición de los personajes; en la medicina son el momento en que el enfermo sana o muere. Y nosotros, ¿vamos a sanar?

Una lección que debemos aprender de una vez por todas es que las crisis humanitarias llueven sobre mojado; golpean a todos, pero se ensañan con los pobres. Lo que nos debiera llevar a pensar en un mundo en verdad solidario, donde la celebrable diferencia no vaya acompañada de la penosa desigualdad. Pero mientras cambiamos el rumbo de la historia para edificar nuestro sueño, podemos cuando menos ir ajustando a las nuevas evidencias las políticas de combate a la pobreza hoy existentes. Porque el coronavirus, como la recesión de 2008, o las sequías... están exhibiendo la insuficiencia de lo que entendemos por desarrollo social.

El BM y el FMI han pronosticado un incremento global del desempleo y la pobreza como saldo de la recesión, la FAO alertó que la ruptura de las cadenas de suministro de alimentos y la insuficiencia del ingreso de los pobres para comprar comida podría elevar a mil millones de personas la población con hambre, la CEPAL prevé que la economía latinoamericana retrocederá alrededor del 10% y con ello el desempleo y la pobreza en el subcontinente, hace unas semanas el Coneval estimaba para México un decrecimiento económico de 5 o 6%, una pérdida de empleos de 3 a 5% y un incremento de la pobreza por ingresos del 7 u 8%, y hoy es claro que el alargamiento de la pandemia hará que el retroceso sea aún mayor. La conclusión es que estamos viviendo en proceso acelerado de empobrecimiento global. En cuanto a nuestro país, dado que en la última década la disminución de la pobreza había sido de poco menos del 10%, podemos prever que la crisis sanitaria y sus secuelas socioeconómicas nos retrotraerán a la situación de hace diez años. ¿Pensaste que habías salido de pobre?, pues no. ¿Te sentías clasemediero?, fíjate que era una ilusión.

¿Nos vamos a tardar otra década en volver a la situación que teníamos a comienzos del año?

¿Tendremos estos diez años para hacerlo o una nueva crisis nos regresará al punto de partida... si no es que nos lleva más atrás? ¿Estamos en una trampa semejante a la de Sísifo?

Según Homero, Sísifo fue condenado por los dioses a empujar eternamente una enorme piedra por la empinada ladera de una montaña... y la tarea era infinita, pues en cuanto lograba ascender un poco, la roca rodaba de nuevo a su punto de partida. ¿Está nuestra política social condenada a repetir los trabajos del rey de Éfira?

No forzosamente. El problema mayor de nuestras políticas sociales radica en que han sido compensatorias de políticas económicas empobrecedoras y excluyentes. Desde su fundación, a la Secretaría de Desarrollo Social le tocó administrar sobaditas y trapitos calientes para compensar en algo los estragos de la política neoliberal aplicada por la Secretaría de Hacienda. Razón por la cual la inclusión económica y social propiciada por los programas sociales ha sido precaria.

Los trabajadores, por ejemplo, sólo tienen derecho a ciertos servicios si cuentan con un empleo formal, de modo que al quedar desempleados no sólo se quedan sin ingresos, sino que pierden esos servicios; derechos básicos a los

que tampoco pueden acceder quienes se auto emplean o laboran en pequeñas o muy pequeñas empresas. Y la fragilidad extrema de la inclusión social se pone de manifiesto dramáticamente cuando por la pandemia se incrementan los despidos y se estrechan los márgenes del trabajo por cuenta propia. Desamparo permanente o recurrente que podría atenuarse mediante un seguro de desempleo y/o alguna modalidad de renta básica universal, que son algunas de las propuestas que están hoy sobre la mesa. Y el asunto es urgente, pues en un primer momento la pandemia y las medidas de mitigación están golpeando mayormente a los pobres urbanos y a ciertas clases medias en riesgo de recaer.

Pero la pobreza y la exclusión económico social son más dolorosas en el mundo rural. Es en las comunidades campesinas e indígenas donde se concentran las carencias, y es plausible que a ellas se enfoquen los programas prioritarios del nuevo gobierno dirigidos mayormente a zonas marginadas.

Bien por los programas de bienestar (que debieran ampliarse para mitigar así los daños de la pandemia). Pero habría que preguntarse también si la inclusión que procuran es frágil o resistente, si se traduce en procesos sostenibles o es

precaria... Porque el bienestar que en tiempo de pandemias y mega crisis necesitamos gestionar, tendría que ser un bienestar sólido, blindado... un bienestar resiliente.

Hechos a la incertidumbre — siempre la climática y de algunos siglos a esta parte también la económica — los campesinos son expertos en sortear los males que llegan de improviso. Su fórmula mágica es la multiactividad, el policultivo y, en Mesoamérica, la milpa.

Si los dejan, los campesinos despliegan aprovechamientos diversificados y complementarios como las especies que conviven en su parcela. Los campesinos de por acá hacen milpa, lo que cuando se puede incluye la siembra con maíz, frijol, calabaza, chile... entreverados; la huerta biodiversa; el acahual; el potrero; el traspatio; la cocina... Los campesinos nunca ponen todos los huevos en la misma canasta porque llega la plaga, la sequía, la caída de precios... y no deja uno.

Esto hacen los campesinos si los dejan. Pero de un tiempo a esta parte los dejan cada vez menos, pues el mercado les impone la estrategia del monocultivo. Y la economía familiar amarrada a un solo producto se vuelve frágil, precaria. Urge muchísimo regresar a la multi actividad sinérgica que soporta mejor las adversidades. Y por eso

algunos programas del actual gobierno tienen más alcances que otros.

El de *Precios de Garantía* está bien, pues los pequeños productores con desventajas en el mercado necesitan certidumbre, pero el actuar a través de los precios, puede resultar regresivo y no incide directamente en la producción. El de *Fertilizantes* se justifica, pues subsidia los costos de los agricultores pobres, pero sin análisis de suelos y con poco énfasis en los biofertilizantes poco ayuda a producir más y mejor. En cambio, el sustituto de *Procampo*, que es *Producción para el Bienestar*, está avanzando hacia un modelo productivo sostenible al incorporar a las transferencias monetarias un acompañamiento técnico orientado hacia la transición agroecológica.

Pero la joya de la corona es *Sembrando Vida*, en el que se fomentan los cultivos anuales de la milpa destinados principalmente al auto consumo, asociados con árboles frutales que empiezan a producir a corto plazo tanto para el auto abasto como para el mercado, y con árboles maderables como cedro y caoba, cuyos beneficios se verán en el largo plazo. Y todo articulado en agroecosistemas sostenibles que además reforestan y mantienen la fertilidad de los suelos. Virtuoso modelo productivo al que se añade la promo-

ción de formas asociativas... una belleza. Y una belleza resiliente, pues su diversidad básica, que puede enriquecerse ilimitadamente a partir de las condiciones y los saberes locales, permite capturar las peores tempestades.

Éste es el camino.

EL VIRUS Y LOS ETERNOS SOBREVIVIENTES

Durante la guerra civil española mi abuela, que era obrera y vivía en la martirizada Barcelona de los bombardeos y el hambre, iba de vez en cuando a los campos cercanos a traer preciosas patatas, cebollas y tomates que le daba una familia de payeses a los que conocía. "Antes eran los más pobres, ahora la pasan mejor que nosotros", decía mientras extendía su tesoro sobre la mesa de la cocina.

Tenaz sobreviviente de todas las desgracias, el campo resiste. El comportamiento de la agricultura y de las sociedades rurales durante esta pandemia está confirmando la idea de que en los campesinos tenemos una valiosa reserva civilizatoria; un modo resiliente de vivir que cobra particular relevancia cuando a resultas del virus el orden dominante se cimbra y tambalea. Todo indica que el campo se sobrepone a la adversidad mejor que otros sectores.

Aunque de momento es difícil generalizar, pues estamos en medio de la tormenta, me pa-

rece útil consignar lo que por hoy son observaciones puntuales, pero quizá se transformen en tendencias: regreso al campo y a la producción alimentaria, fortalecimiento de la defensa integral del modo de vida campesino.

Porque interactúo con un grupo de investigadores que trabajan en el agro y por fortuna no han perdido el contacto, he podido constatar de manera casuística que este año la gente sembró igual o más que en años anteriores.

Regreso al campo

La suspensión de actividades económicas no esenciales, como necesaria y pertinente medida de mitigación, no paró los trabajos campesinos. No sólo porque sembrar y cosechar alimentos es esencial, sino también porque los procesos productivos agrícolas son estacionales y suspender o posponer una actividad es perder un año completo y arriesgar el deterioro del recurso. Y finalmente porque los campesinos pequeños y medianos, como los cuentapropistas urbanos, viven de lo que obtienen de su esfuerzo cotidiano, y detener o interrumpir la producción es quedarse sin ingresos. De modo que este año la gente que de por sí sembraba, sembró, y algunos sembraron más que el año pasado.

En otros casos, familias campesinas que se sostenían total o parcialmente con ingresos provenientes de empleos asalariados desarrollados fuera de la unidad en actividades como la construcción o el turismo que por la pandemia se suspendieron o cancelaron, emplearon la capacidad de trabajo ahora disponible en recuperar o intensificar su producción agrícola de autoconsumo.

Algunos pequeños productores comerciales de bienes no directamente alimentarios como el café o el cacao, preocupados porque debido a la recesión es previsible que se reduzca el consumo, y con él los precios, intensificaron el aprovechamiento de los otros productos de las huertas diversificadas y restablecieron o incrementaron su producción milpera de autoabasto. Esto último también para reducir el riesgo de contagio, concurriendo lo menos posible a los mercados locales para proveerse de alimentos.

Individuos o familias de origen rural que vivían y trabajaban en ciudades y que perdieron su empleo o su fuente de ingresos, regresaron a sus pueblos y recrearon o fortalecieron la economía agrícola que habían abandonado.

Pequeños y medianos agricultores de riego que producen hortalizas para la venta y que durante la pandemia vieron incrementada la de-

manda de sus compradores —por ejemplo, de tiendas departamentales— intensificaron aún más las siembras y acortaron los ciclos para aprovechar la bonanza ocasionada por la pandemia.

Esto y el buen temporal, hacen pensar que paradójicamente el terrible año de la pandemia será un buen año agrícola. Tanto en lo tocante a la producción que sale al mercado y es medible, como en la estadísticamente menos visible pero muy importante que se autoconsume.

Como sucede en las guerras y en las crisis económicas, en la presente emergencia sanitaria al campo le está yendo menos mal que a otros sectores, sobre todo en lo tocante al impacto de sus secuelas socioeconómicas. Lo que nos remite a que en lo productivo la agricultura acostumbra tener un comportamiento contra cíclico (los datos más recientes del INEGI indican que lo está teniendo) y a que en lo social el mundo rural es más resiliente que el urbano.

Si estas observaciones puntuales se consolidaran como tendencia, estaríamos ante un proceso más o menos intenso y más o menos duradero de recampesinización. Regreso a prácticas ancestrales que no sería sorprendente, pues por una parte producir para comer es un recurso que aun los campesinos más comerciales no olvidan,

y por otra es sabido que para la gente de origen rural el pueblo natal ha sido siempre retaguardia y red de protección frente a la desgracia, sea ésta familiar, nacional o como ahora, global.

Otras señales del mismo *revival* de lo rústico las encuentro en la reactivación de la agricultura urbana en grandes ciudades como Guadalajara y el comportamiento de las remesas que envían los mexicanos residentes en Estados Unidos; transferencias que, contra todas las previsiones, este año crecieron notablemente. Y es claro para mí que enviar dinero a las familias del país de origen, muchas de ellas rurales, es un reflejo cultural netamente campesino, aunque las manden quienes en el país de adopción viven en ciudades y trabajan en la industria o los servicios.

Defensa integral del modo de vida campesino

Otra respuesta a la pandemia casuísticamente observable y que quizá pueda volverse tendencia, es que organizaciones que hasta hace poco centraban sus movilizaciones en torno a objetivos muy específicos como la defensa de sus territorios amenazados por minas, presas, carreteras, desarrollos turísticos... ahora están ampliando el espectro de la lucha a otras dimensiones de su problemática; cuestiones también estratégicas

pero que hasta hace unos meses eran menos visibles o menos movilizadoras, como la salud y la producción de alimentos, de las que igualmente depende la vida y que hoy se vuelven claramente prioritarias.

Decía un dirigente de una organización de la Sierra Nororiental de Puebla: “Ayer nos movilizábamos principalmente en defensa de los territorios del entorno, hoy luchamos también por la salud del cuerpo como nuestro primer territorio”. Y es que en la sierra poblana las grandes asambleas regionales que en número de treinta y dos habían sido el eje de la lucha contra mineras e hidroeléctricas, están por el momento suspendidas por razones sanitarias; además de que la presión de las corporaciones —que no va a desaparecer— ha disminuido un poco porque la recesión y la baja de los precios de los minerales no anuncia buenos tiempos para la minería.

Más que un cambio de tema movilizador, lo que estamos viendo es el reconocimiento, favorecido por la pandemia, de la multidimensionalidad e integralidad de la lucha por preservar el modo de vida campesino. Lucha que no se agota en los combates monotemáticos contra tal o cual “megaproyecto” y por conservar el control sobre los territorios, sino que incluye también la pre-

servación o creación de las condiciones que hacen posible la reproducción de las comunidades en dichos territorios: la salud, la alimentación, la cultura, la seguridad, la economía...

Dicho de otra manera, en algunos casos la pandemia está haciendo evidente que defender el territorio tiene poco sentido, si no se trabaja también por hacerlo habitable y apropiárselo productivamente. De modo que, aunque en cada momento tenga prioridades, la lucha campesina ha de ser multilateral e integradora... como lo es la propia vida.

*

La preservación e incremento de la producción alimentaria y de autoabasto, el ocasional regreso al campo, y el creciente reconocimiento de que la defensa del modo de vida campesino ha de ser integral, son estrategias de resistencia frente a la adversidad en las que se sustenta la proverbial capacidad de las comunidades rurales para sobreponerse a las contingencias.

Resiliencia probada, que la crisis sanitaria y los severos retrocesos socioeconómicos provocados por la pandemia ponen en primer plano. Hoy más que nunca es evidente que el futuro depende de nuestra capacidad de recuperarnos de los golpes y levantarnos de la lona. Y los cam-

pesinos, los eternos sobrevivientes, son expertos en enconcharse y seguir de pie, por desigual que sea la pelea.

FAKE NEWS DE EXCELENCIA

*La crítica crítica, aunque se considere
muy por encima de la masa, siente, sin embargo,
una infinita conmiseración por ésta.*

Carlos Marx y Federico Engels,
La sagrada familia o Crítica de la crítica crítica.

Que respecto de la covid-19 la derecha y sus corifeos a sueldo calumnien al gobierno y engañen a la gente a través de los medios de comunicación, era de esperarse, dado que defienden intereses políticos y económicos inescrupulosos. Pero sorprende y desazona ver que algunos intelectuales solventes y progresistas hagan lo mismo, pues uno supone que en lo académico conocen su oficio y en lo político no han cambiado de bando. Y sin embargo hay en muchos de sus escritos *fake news* tan deleznable como las de los gacetilleros mercenarios; *fake news* de excelencia, pero *fake news* al fin.

No los leo a todos, no soy masoquista, pero sí a algunos que creo honestos y que incluso son

mis amigos. Así, el viernes 31 de julio leí la entrega de la *Economía Moral*, de Julio Boltvinik, que lleva por título “Opacidad del ciclo semanal de registro de casos y muertes por covid-19”. En particular me llamó la atención lo de “opacidad”, pues tengo por costumbre escuchar las conferencias vespertinas de López-Gatell y nunca he encontrado omisiones o rincones oscuros en la información que transmiten, además de que el resto es consultable ¿Dónde encontró el buen Julio opacidad?

Para averiguarlo leí con atención el primer párrafo, que aquí reproduzco:

“Con frecuencia, en domingos y lunes, los dos López (Obrador y Gatell) señalan la baja en los casos de covid-19 como signo del control de la pandemia. Y en efecto ello es así, pero sólo en domingo y lunes, como resultado, probablemente, de los ritmos semanales de trabajo de quienes se encargan del registro de las cifras de casos y muertes que se hacen públicas. Es comprensible que lo diga AMLO si no se ha percatado del ciclo semanal de los datos, pero López-Gatell tiene que haberse percatado...”

O sea que, según Boltvinik, López Obrador es un despistado que no se ha dado cuenta de que los fines de semana la información fluye más

despacio y López-Gatell es un mentiroso pues sabiéndolo lo oculta. A continuación, y para demostrar que el presidente es tonto y el subsecretario deshonesto, nuestro experto dedica casi medio artículo de sesudo análisis estadístico a verificar lo obvio, que todos los fines de semana hay un bache en el registro de casos y muertes.

Y uno se pregunta, ¿será que Julio nunca ha escuchado siquiera uno de los más de ciento sesenta informes técnicos diarios del doctor Alomía y el doctor Gatell? Porque los ciudadanos del común que sí los escuchamos hemos oído cuando menos cien veces en los últimos cuatro meses, la explicación de que los datos de sábado y domingo no deben tomarse en cuenta por sí mismos, pues son engañosos. Y esto repetido una y otra y otra vez ¿Dónde estaba metido Julio cuando lo decían? ¿Quizá sacando la cuenta de lo que la Secretaría de Salud y algunas decenas de millones de mexicanos ya sabíamos?

Pero además es irrelevante, pues la curva epidémica no se construye con los datos crudos del día a día, sino por semanas epidémicas y dejando en espera a las dos últimas, dado que la información que se tiene de ellas aún no es suficiente y de incorporarse tal cual, mostraría una tendencia engañosa.

Así pues, la afirmación: “con frecuencia, en domingos y lunes, los dos López (Obrador y Gatell) señalan la baja de los casos de covid-19 como signo de control de la epidemia” es falsa y sólo se explica que Julio comience su artículo con ella porque le sirve para denunciar sin verdadero fundamento que el actual gobierno engaña al pueblo. Acusación calumniosa que el investigador busca a toda costa demostrar... aunque para ello tenga que engañar a sus lectores.

Otra afirmación aventurada de Julio es que las cifras de casos y muertes por la covid-19 están en una “zona semiciega”, pues “todos sabemos que ambos datos están gravemente subestimados porque se decidió ahorrar dinero haciendo pocas pruebas”. Aquí el investigador emplea la típica fórmula de las *fake news*: “todos sabemos” (que conmina al lector a incorporarse al “todos” o quedar como estúpido) para tratar de ocultar su desinformación.

Cualquiera que consulte la página sobre la covid-19 o que escuche las conferencias vespertinas, sabe que tanto en el cálculo del número de casos como en el de muertes, se suman los “confirmados” que dieron positivo en la prueba y la parte de los “sospechosos” que resulta de aplicar el índice de positividad, lo que da una

“cantidad estimada” más cercana a la realidad y que no tiene que ver tanto con el número de pruebas como con la capacidad de detectar personas con síntomas.

Pero no sólo no se ocultan casos y muertes para “ahorrar dinero”, se está trabajando para calcular lo que se llama “exceso de muertes” ocasionado por la covid-19, lo que incluye a quienes murieron directamente por la enfermedad o por causas distintas pero generadas directa o indirectamente por la pandemia.

“El optimismo infundado de los López puede ser peligroso”, es otra afirmación sin sustento, pues todos sabemos que en el llamado “informe diario” no hay optimismo ni pesimismo, pues es técnico y no subjetivo. Pero además de falsa es gravemente calumniosa pues el “peligro” al que se refiere no puede ser otro que más contagiados, más enfermos, más muertos... víctimas adicionales que según Julio se podrían evitar si López Obrador y López-Gatell dijeran la verdad y no ocultaran información con tal de justificar su “optimismo infundado”. ¿Gobierno asesino?

La última afirmación del artículo es que pronto “tendremos medalla de bronce en muertes totales por covid-19”. Aseveración engañosa, pues Julio, que es maestro en las estadísticas lo

sabe bien, si no se pondera por el total de la población, el número de muertes no dice nada. Y si se pondera, México no está en tercer lugar sino en onceavo, después de Bélgica, Reino Unido, Francia, Italia, España, Suecia, Estados Unidos, Brasil, Perú, Chile...

Es verdad que en México la letalidad es alta y están muriendo personas que en otras condiciones no debieran morir. Pero esto ocurre por las comorbilidades originadas en la mala alimentación y los malos servicios sanitarios, porque quienes viven al día se contagian más pues tienen dificultades para aplicar las medidas de mitigación y porque en las comunidades rurales los servicios de salud son casi inexistentes, de modo que los enfermos mueren en casa o sólo se hospitalizan cuando están graves, factores que aumentan notablemente el número de los enfermos que se complican y el número de los que mueren. De lo cual no tienen la culpa "los López" ni es algo por lo que den medallas.

Fomentar el miedo para transformarlo en descrédito del gobierno es lo que hace la derecha vulgar en abono de los interés políticos y económicos que defiende. Pero es también lo que hacen algunos académicos en abono de su fama de expertos y de críticos. Da vergüenza.

NUEVOS INFIERNOS SOCIOAMBIENTALES

El hombre vuelve una vez más a vivir en una caverna, pero la caverna ahora está contaminada por el aliento mefítico y pestilente de la civilización.

Carlos Marx,
Manuscritos económico filosóficos de 1844.

Londres no fue el primer infierno socioambiental que engendró el industrialismo capitalista, pero sí es uno de los más documentados.

Hace alrededor de 350 años, conforme los grandes talleres y fábricas se iban expandiendo en Inglaterra, la población de la muy centralista capital también crecía exponencialmente, rebasando el medio millón de habitantes. Londres era una orgullosa ciudad que después de la peste de 1655 y el devastador incendio de 1666 se había reconstruido espléndidamente. Pero era también un gran centro comercial y fabril, de modo que, en las afueras, lejos de sus palacios, salones, teatros y museos, se hacinaban decenas de miles de familias obreras vestidas con andrajos, viviendo

en medio de la basura y respirando el aire envenenado por la polución. En el siglo XVII Londres era un infierno; un infierno laboral y un infierno ambiental; que el daño a las personas y el daño a la naturaleza por lo general van juntos.

Veamos primero los efectos ambientales del naciente industrialismo.

John Evelyn, uno de los científicos fundadores de la Royal Society, no sólo alertaba sobre los “prodigiosos estragos” que la creciente demanda de madera causaba sobre los bosques, sino que en el libro *Fumifugium: o la inconveniencia de la dispersión del aire y el humo de Londres*, publicado en 1661, denunciaba la contaminación provocada por “emisiones pertenecientes únicamente a cerveceros, fundidores, cocedores de cal, jabonadores y otras industrias privadas (...) Mientras estos la arrojan por sus tiznadas mandíbulas, la ciudad de Londres se asemeja más al monte Etna, la corte de Vulcano, Strómboli o los suburbios del infierno (...) Es este (*horrible humo*) el que esparce negros y sucios átomos y cubre todas las cosas, ahí donde llega. Las consecuencias de todo eso son que la mitad de cuantos perecen en Londres mueren de males tísicos y pulmonícos; de modo que los habitantes no están nunca libres de toses”.

Industrialización desordenada, contaminación y enfermedad, una asociación maléfica que denunciaba Evelyn y que sigue vigente en nuestros días.

Casi doscientos años después, en sus manuscritos económico-filosóficos de 1844, el joven Carlos Marx combina la crítica de la irracionalidad económica y la injusticia social inherentes al capitalismo, con el señalamiento de sus nefastos efectos ambientales. En sus notas, el futuro autor de *El capital* alerta contra “la contaminación universal que se está ocasionando en las grandes ciudades”. Y continúa: “El hombre vuelve una vez más a vivir en una caverna, pero la caverna ahora está contaminada por el aliento mefítico y pestilente de la civilización (...) Una morada en la luz que, como dice Prometeo en Esquilo, es uno de los grandes dones gracias a los cuales transformó a los salvajes en hombres, deja de existir en este caso para el obrero. La luz, el aire (...) dejan de ser una necesidad para el hombre. La suciedad —esta corrupción y putrefacción del hombre—, la cloaca de la civilización, llega a ser un elemento vital para él”.

El fabriquismo salvaje transformaba a las grandes ciudades en vertederos de inmundicias, en las cloacas de la civilización, como señala Marx

con elocuencia. Pero los males ambientales van acompañados de males sociales. Y es que en un mundo gobernado por la codicia y donde el lucro es el único motor, los perdedores son tanto las personas como su entorno; el capital desmecatado se ensaña con la naturaleza externa y con la interna, con el medio ambiente y con los cuerpos.

Miremos ahora ya, no al entorno contaminado sino al sufrimiento de los trabajadores; de los hombres y mujeres, de los niños y niñas que se consumen en los infiernos fabriles del Londres victoriano. Hace doscientos años el arrollador avance de la producción mecanizada a costa de los talleres y la manufactura, daba lugar a grandes fábricas; usinas pasmosas que eran a la vez infiernos laborales en los que se explotaba sin medida al nuevo proletariado industrial: una ajetreada muchedumbre que trabajaba más duro y vivía peor que el artesano y el manufacturero del viejo régimen.

En los años treinta y cuarenta del siglo XIX los obreros ingleses habitaban pocilgas, vestían harapos y trabajaban turnos de 16 horas. Si les iba bien comían papas, pan, tocino rancio y té; si les iba mal sólo papas y té, y cuando estaban desempleados se alimentaban de pieles de papa y verduras descompuestas que recogían de los

basureros. La harina con que se hacía el pan de los obreros tenía yeso, y arroz en polvo el azúcar con que el proletariado endulzaba su té.

“Los obreros industriales — escribe Federico Engels en *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, libro publicado en 1845 — son casi todos débiles, de osatura angulosa, pero no fuerte, flacos, pálidos, consumidos...”

Thomas Hood (1789-1845) da voz a las trabajadoras de las fábricas de ropa:

La canción de la camisa
(fragmento)

Pero ¿por qué hablo de la muerte,
ese fantasma de espantosos huesos?
Apenas temo su terrible forma
¡pues, se me parece tanto!

Se me parece tanto,
debido a los ayunos que paso.
¡Oh, Dios! ¿Por qué tendrá que ser tan caro el pan
y tan barata nuestra carne y nuestra sangre?

En 1840, en Liverpool, la esperanza de vida de la clase alta era de 35 años, mientras que los obreros y jornaleros vivían en promedio menos de la mitad, apenas 15 años, debido sobre todo a que

el 57% de sus hijos moría antes de los cinco. En sus años mozos el capitalismo mataba literalmente de hambre a sus trabajadores.

En su irreprimible compulsión por succionar plusvalía, el capital no respeta sexo ni edad. En los treinta y cuarenta del siglo XIX más de la mitad de quienes trabajaban en telares algodonereros ingleses eran mujeres y jovencitas, 25% muchachos y sólo 25% varones adultos. Y es que las mujeres y los niños son más dóciles y más baratos. Así, debido a la mecanización y descalificación del trabajo, el jornal semanal de los tejedores de Bolton pasó de 33 chelines en 1795, a 14 chelines en 1815 y a 5 chelines y 6 peniques en 1830. Y así quién no adelgaza.

Esto ocurría dos, tres o cuatro siglos atrás en Europa, mientras que en ultramar otras personas y otros entornos naturales se consumían en las llamas del colonialismo, pues es sabido que con la globalización del capital se globalizaron también los infiernos socioambientales. Y el molino satánico sigue triturando trabajadores y ecosistemas.

Hoy prestamos mucha atención al ecocidio, quizá porque desde el siglo pasado el capitalismo parece haber alcanzado sus límites naturales. Pero el gran dinero también está llegando a sus

límites sociales y a la depredación extrema de la naturaleza se añade el despojo despiadado de los pueblos, la explotación desmedida de los trabajadores y la inapelable exclusión de los “sobrantes”.

Los saldos del ecocidio y el etnocidio pueden dramatizarse identificando lugares donde el envenenamiento de la tierra, el agua, el aire y las personas es extremo. Pero también sería ilustrativo identificar infiernos laborales donde los trabajadores y trabajadoras padecen sufrimientos sólo comparables con los que se enfrentaban en las primeras fábricas europeas y en las plantaciones coloniales. Hay muchos. Menciono dos: los campos agrícolas donde se expolia sin medida a jornaleros y jornaleras, y los “pocitos” de carbón donde dejan los pulmones y se juegan la vida los mineros.

En el reclutamiento de los trabajadores agrícolas siguen operando sistemas de enganche o contratación de origen colonial y aún se recurre a la esclavitud por deudas, es decir, a los pagos adelantados para asegurar la permanencia del jornalero; como en las antiguas fincas y haciendas, cabos y capataces se encargan de disciplinar a unos trabajadores que de por sí se esfuerzan al máximo, pues son retribuidos a destajo; hombres, mujeres y niños laboran entre

ocho y 15 horas diarias y en los picos de las cosechas los siete días de la semana; los braceros son obligados a manejar agrotóxicos sin protección alguna, pero pocos cuentan con servicios de salud; las familias jornaleras cocinan, comen y duermen hacinados en inhóspitos galerones; los piscadores son “golondrinas” que viajan de campo en campo pues el empleo es temporal y pocos acaban más de 150 días remunerados; cuando son indígenas reciben un trato racista y si son mujeres enfrentan agresiones sexuales. Está por demás decir que no se respetan sus derechos laborales y carecen de sindicatos...

Una parte de las minas de carbón que abastecen de combustible a la Comisión Federal de Electricidad son “pocitos”; angostas perforaciones verticales de hasta 300 metros de profundidad, por las que metidos en el mismo bote con el que sacan el carbón y que mueve un rústico malacate, los mineros descienden a galerías horizontales por las que se desplazan para extraer el mineral. No hay medidas de seguridad, de modo que si encuentran agua de alguna vieja galería que se inundó, se ahogan, y si encuentran gas y estalla mueren en la explosión. Esto si no falla el motor que jala el malacate y no pueden salir, o se rompe el cable y caen hasta el fondo.

Las galerías horizontales tienen alrededor de metro y medio de altura, de modo que el minero adulto tiene que desplazarse agachado... por eso prefieren contratar niños, que son de menor estatura y salen más baratos.

Sí, es verdad que en los campos agrícolas se practica una agricultura industrial que agota y contamina los suelos y también es verdad que el carbón es uno de los combustibles más contaminantes que existen. Pero estos daños ambientales no deben oscurecer los daños sociales: el infinito sufrimiento de los jornaleros y las jornaleras, la corta y arriesgada vida de los mineros.

EL MAL MENOR Y EL MAL MAYOR HUEXCA REVISITADA

Parece que la termoeléctrica de Huexca va así nomás. Y ésta es una mala noticia.

Señal ominosa no por el daño que sus requerimientos de agua vayan a causar a los agricultores, pues al parecer el problema del riego está resuelto y hay un convenio con la mayoría de los ejidatarios, tampoco por el problema del ruido, que finalmente no es tanto, sino porque la puesta en marcha de la planta significa que también el gasoducto entrará en operación.

Y ahí sí hay un problema, un grave problema. Un enorme daño potencial para la región, que no sólo no está desactivado, sino que ni siquiera es suficientemente visible. Porque el Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra y el Agua (FPDTA), centró su lucha en la "batalla de Huexca", y ésta en la cuestión del Río Cuautla, asunto relativamente menor y técnicamente soluble. Con lo que se dejó de lado el impacto del

gasoducto y sus futuros ramales en regiones con riesgo volcánico del entorno del Popocatepetl hoy agrícolas y poco pobladas, que el acceso al energético industrializaría y urbanizaría, transformándolas en una bomba de tiempo.

La activación del gasoducto es un problema mayor, no porque de haber una erupción fuerte del Popocatepetl el tubo colapsaría (lo que ciertamente es un riesgo), sino porque desde hace años se planeó que el gas que no empleara la termoeléctrica —dos terceras partes de la capacidad del ducto— se utilizara para detonar el desarrollo industrial y urbano de la única área del entorno del volcán que aún no han invadido las conurbaciones de Puebla, Tlaxcala y Morelos.

Cambio de uso de suelo que sería un desastre mayor en términos de daño ambiental, degradación social e incremento exponencial de la población en riesgo volcánico. “No es lo mismo evacuar a 30 mil que hay ahora, que evacuar a 3 millones que habrá si por el gasoducto se extiende a la zona la conurbación Puebla Tlaxcala Morelos”, repite una y otra vez Aurelio Fernández, del Centro Universitario para la Prevención de Desastres Regionales (Cupreder).

Ni el presidente López Obrador, para quien la cuestión de los impactos de la termoeléctrica

en Huexca está resuelta, ni el FPDTA que sostiene que no lo está, se refieren al ducto y sus ramales redistribuidores; una amenaza cierta y grande que quizá inquiete menos y movilice menos por ser de mediano y largo plazo, pero que es mucho mayor que el sobredimensionado y politizado diferendo por el agua.

Hace casi dos años escribí que me parecía bien que se activara la termoeléctrica... si se resolvían algunos de los problemas señalados por los expertos y denunciados por la gente. El mayor de ellos no se ha resuelto. Por eso hoy su puesta en marcha me parece mala noticia. Reproduzco lo que escribí en este *Suplemento* a principios de 2019.

“Técnicamente irresponsable, económicamente discutible, poco transparente en su adjudicación y socialmente autoritario el Proyecto Integral Morelos (PIM) es ejemplo del tipo de emprendimientos que impulsaban los gobiernos del PRI y el PAN. El proyecto viene de 2009, pero desde 2011 empiezan las protestas contra la termoeléctrica que se construiría en Huexca, Morelos, y contra el gasoducto que correría por tierras de Tlaxcala, Puebla y Morelos. También los expertos han señalado reiteradamente que es necesario revisar el trazo y espesor del gasoduc-

to, que pasa por zonas de riesgo volcánico. Otros han denunciado la opacidad con que se contrató el proyecto que desarrollan empresas como Abengoa, Alquenor y su subsidiaria Enagas.

“Torpe en su diseño y atrabancado en su realización, el PIM ha sido resistido y cuestionado por muchos. Y en 2014, cuando las obras apenas empezaban, el propio López Obrador dijo en Anenecuilco: “Nosotros no queremos esa termoeléctrica”. Sin embargo, pese a la enérgica y persistente oposición, los 160 kilómetros de gasoducto y la planta energética se concluyeron.

“Muchos opositores pensaron que, con el triunfo de López Obrador, ahora sí el proyecto se echaría para atrás. Pero se llevaron la sorpresa de que, dado que la obra ya existía y la inversión había sido cuantiosa, el nuevo gobierno se propone continuarlo. Si entendemos que el costo (económico, social y ambiental) de revertir algo que estuvo mal, puede ser mayor que el de asumirlo y compensar en lo posible los daños, comprenderemos la postura de López Obrador. Lo que, sin embargo, no cancela los muy fundados cuestionamientos que se le han hecho a la obra, y que también son atendibles.

“Es posible recuperar la cuantiosa inversión y avanzar en nuestra soberanía energética,

al tiempo que se minimizan los daños y riesgos, particularmente los volcánicos que tienen que ver con el ducto y los hídricos, que tienen que ver con el derecho de los ejidatarios a seguir recibiendo aguas utilizables para la agricultura.”

Sí a la termoeléctrica, dije entonces, pero deben atenderse los problemas. Se resolvió el del agua, no los del gasoducto. Por esto digo ahora que su inminente puesta en marcha es una mala noticia por razones que entonces mencioné y ahora amplío.

El ducto tiene capacidad para conducir 9.5 millones de metros cúbicos diarios de gas, de los que la termoeléctrica emplea 2.9, de modo que quedan 6.5 millones. Más de dos tercios del total, cuya distribución tienen concesionada las corporaciones españolas Abengoa, Elquenor y Enagas, que realizaron la obra.

Para hacer llegar el energético a futuros usuarios se requieren ramales de distribución, ductos que están claramente previstos, pues cuando menos en Atlixco, Nealtican y Tecuanipan la investigadora del Cupreder, Alejandra López, ha encontrado válvulas destinadas a este propósito.

Y la disponibilidad del gas haría rentable el establecimiento de industrias, lo que a su vez provocaría poblamientos y multiplicación de

empresas proveedoras de servicios. Parques industriales y urbanizaciones establecidos en 15 municipios de Puebla, 10 de Tlaxcala y ocho de Morelos, que hoy son básicamente agrícolas y con una muy baja densidad poblacional, pero que además proveen de servicios ambientales, pues conforman la zona de recarga de los acuíferos de los que depende el abastecimiento de agua a unas 15 millones de personas de la región.

En estudios realizados entre 2001 y 2007, con base en la Ley General de Equilibrio Ecológico, el Programa de Ordenamiento Ecológico de la Región Volcán Popocatepetl y su Zona de Influencia, señaló el riesgo de expansión de grandes zonas habitacionales como la que ya existe en Atlixco, Puebla, con la consecuente disminución del aforo de manantiales, pozos y escurrimientos, agravado por el incremento explosivo de la demanda. Llamado a conservar la vocación natural de las partes altas, medias y bajas de la Sierra Nevada que tiene que ver con la preservación ecológica, pero también con el riesgo volcánico.

“Llevar a la región del Popocatepetl un modelo de desarrollo que va a generar presiones mayores al medio ambiente, agua, suelo, desplazamiento de usos agrícolas y apertura a usos industriales comerciales y habitacionales es incon-

veniente y no lo han ponderado en el proyecto”, escribieron Alejandra López y Aurelio Fernández, en el suplemento *La Jornada del campo*, del diario *La Jornada*.

“Imaginemos asentamientos humanos, industriales, habitacionales y de servicios localizados en los puntos de avalancha de escombros, lahares o proyectiles basálticos arrojados por Don Goyo”, escribió Aurelio en *La Jornada*.

El cambio de uso del suelo en los municipios que recorre el gasoducto es el eslabón faltante de una ominosa cadena. Con el desarrollo industrial, comercial y habitacional del área hoy preservada, se cerraría por completo en torno al volcán la interminable megalópolis formada por las conurbaciones de la Ciudad de México, el Estado de México, Tlaxcala, Puebla y Morelos que aprisiona por todos lados a Don Goyo. A ver quién ruge, quién trepida, quién humea más...

Combinar explosiones demográficas con explosiones volcánicas es una pésima idea, pues a la postre el incontenible avance de lavas y lahares resulta menos peligroso que el irrefrenable avance de los poblamientos humanos.

*

El FPDTA está empeñado en parar la termoeléctrica, ahora solicitando medidas cautelares a la

Comisión Interamericana de Derechos Humanos, de modo que escala problemas locales en gran medida resueltos y coquetea con la provocación. “Si se da una represión fuerte es mucho más fácil que proceda emitir medidas cautelares que puedan generar la suspensión del proyecto por orden internacional”, declaró temerariamente el representante legal del Frente, Juan Carlos Flores Solís, al *Sol de Cuernavaca*, el 1 de septiembre. Así, la lógica política hace que un mal menor pero explosivo, mediático y ubicado donde ellos tienen fuerza, suplante un mal mayor que tendríamos que parar entre todos y de otra forma.

Los integrantes del Cupreder, que tienen décadas de trabajar sobre el problema, plantean las cosas de distinta manera: “No consideramos necesariamente que la planta o el gasoducto no puedan operar, pero es condición indispensable corregir los errores del proyecto”. Y hace tres meses Aurelio Fernández sintetizó en *La Jornada*: “Hay forma de evitar la tragedia, que la Comisión Federal de Electricidad revoque el permiso de distribución de gas en los ramales y lo haga exclusivo para la termoeléctrica”. Esto es radicalidad y no alharaca.

SIRENAS DESDE EL ANAQUEL: LA BATALLA POR EL ETIQUETADO

*Las sirenas encantan. A aquél que imprudentemente
escucha su voz lo hechizan con su canto.*

Homero, *La Odisea*.

El viernes 24 de enero de 2020 los comités consultivos de las secretarías de Salud y de Economía aprobaron un nuevo etiquetado para alimentos y bebidas no alcohólicas preenvasadas que incluye octágonos negros con leyendas que dicen lo que contienen, emplean la palabra “exceso” cuando hay exceso y en algunos casos establecen expresamente: “no apto para niños”.

“El nuevo etiquetado viola a todas luces la propiedad intelectual y el Tratado México-Estados Unidos-Canadá. Fue una imposición tremenda. Estamos pensando en interponer amparos”, dijeron a coro los empresarios.

Curiosa industria la de alimentos procesados, que protesta porque en la presentación de

sus productos se diga la verdad, confesando de paso que los envases actuales son engañosos. Aunque no debiera sorprendernos, pues en las economías de mercado los envoltorios importan más que el contenido... y los envoltorios siempre mienten. Quien recorre los pasillos de la tienda departamental puede creer que es él quien mira y selecciona lo que necesita, cuando en realidad son las mercancías-sirenas las que desde los anaqueles le gritan, le susurran, se le insinúan...

“El nuevo etiquetado puede provocar una baja de 25% en el consumo de productos procesados por la industria”, reclamó alarmado Jaime Zabudovsky, presidente del Consejo Mexicano de la Industria de Productos de Consumo. Buena noticia, pensamos algunos, pues dado que la mayor parte de estos procesados responde a necesidades básicas, el 25% de lo que hoy se gasta en productos chatarra se destinará a bienes menos procesados, inocuos, saludables y más baratos.

Pero no será fácil. Hace unos días Iñaki Landáburu, de la Asociación Nacional de Abarroteros Mayoristas, informó que el año pasado las ventas de Walmart, que es con mucho la mayor cadena minorista de México, habían aumentado menos que las del resto de las departamentales y que las que más crecieron tampoco fueron éstas,

sino las de los abarroteros mayoristas. De ahí, Landáburu concluye optimista que “la tienda de la esquina es y seguirá siendo la opción número uno para abastecer buena parte de la canasta básica alimentaria”.

Hasta aquí la noticia es buena, pero se vuelve mala cuando el dirigente empresarial nos informa sobre lo que sostiene a las misceláneas: los productos cuya venta aumentó más el año pasado fueron los de Coca Cola, 24.1%; las de Sabritas, 17.3%; las de Sucarmex, 17.3%; las de Alpura, 13.1%; por su participación total las empresas que más pesan son Nestlé, Gamesa, Kleen Bebé, Pisa (sí, el laboratorio castigado por la Secretaría de Salud).

“Cuando llegué a la ciudad subí quince kilos.” Eso nos contaba en clase una alumna de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, que hace unos años salió de la comunidad oaxaqueña en la que había vivido para residir en la capital. Y nos platicaba de su vida en la sierra:

“En el pueblo mi mamá, mi abuela y yo, nos sosteníamos tejiendo sombreros de palma que nos pagaban a cinco pesos cada uno. Eso si no tenían amarres, porque si tenían los devolvían. Entre las tres lo más que terminábamos eran cincuenta sombreros a la semana. Mi abuela también hace milpa”.

Cuando le preguntábamos cómo estaba eso de los quince kilos, nos explicó: “Es que aquí en la ciudad había mucha comida. Veía de todo: panes, sopas, dulces... Y no podía dejar de comer”.

Nuestra amiga ya bajó de peso, pero otros no pueden. Recordé entonces lo que me había explicado hace años el doctor Abelardo Ávila, nutriólogo del Instituto Nacional Salvador Zubirán: “El que de pequeño fue desnutrido, de grande tiene propensión a ser obeso”. Recordé también lo que al respecto había escrito Julieta Ponce: “En poblaciones con necesidades básicas insatisfechas, crecen los deseos de consumo por una motivación desde la carencia”. Es decir que estar demasiado flaco o demasiado gordo son males simétricos y concadenados.

De todo esto escribí hace exactamente siete años. Y como lo dicho entonces aún me parece válido, reproduzco aquí sus partes sustanciales.

El capital mata

El capitalismo es malo para la salud: a veces te adelgaza hasta los huesos y a veces te engorda hasta la obesidad, pero siempre te mata; rápido o despacio, pero te mata.

En el siglo XIX, conforme iba revolucionando la producción, el capital enflaquecía a

las personas que le vendían su fuerza de trabajo; en el siglo XX, conforme iba revolucionando también el consumo, el capital engordaba a las personas que adquirían sus mercancías. Primero derrengándonos como productores y luego cebándonos como consumidores, el gran dinero toma posesión de nuestro cuerpo, se adueña de nuestro organismo, remodela nuestra biología.

Hace doscientos años, el arrollador avance de la producción mecanizada a costa de los talleres y la manufactura, daba lugar a grandes fábricas; usinas pasmosas que eran a la vez infiernos laborales en los que se consumía el nuevo proletariado industrial: una ajetreada muchedumbre que trabajaba más duro y vivía peor que el artesano y el manufacturero del viejo régimen.

En los años treinta y cuarenta del siglo XIX los obreros ingleses habitaban pocilgas, vestían harapos y trabajaban turnos de 16 horas. Si les iba bien comían papas, pan, tocino rancio y té, si les iba mal sólo papas y té, y cuando estaban sin empleo se alimentaban de pieles de papa y verduras descompuestas que recogían de los basureros. La harina con que se hacía el pan de los obreros tenía yeso, y arroz en polvo el azúcar con que endulzaba su té el proletariado.

“Los obreros industriales —escribía Federico Engels en *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, libro publicado en 1845— son casi todos débiles, de osatura angulosa, pero no fuerte, flacos, pálidos, consumidos...”

En 1840, en Liverpool, la esperanza de vida de la clase alta era de 35 años, mientras que los obreros y jornaleros vivían en promedio 15 años, debido sobre todo a que el 57% de sus hijos moría antes de los 5 años. En sus años mozos el capitalismo mataba literalmente de hambre a sus trabajadores.

Y también se pervierte el consumo. Desde el siglo XIX, pero sobre todo en el XX, el tipo de oferta de bienes que genera la producción industrial, la organización del tiempo que impone en las familias el trabajo asalariado y la imperiosa necesidad propia de la acumulación capitalista de expandir constantemente la demanda para colocar su creciente producción y realizar sus ganancias, ocasionan una profunda remodelación del mercado de consumo final, de los hábitos del consumidor y de su propia psicología y fisiología.

Uno de los componentes mayores de esta mudanza es la de los alimentos, que sufren una progresiva transformación agroindustrial en la línea de agregarles valor, facilitar tanto su trans-

porte como su conservación y atrapar a los consumidores en un mercado muy competitivo.

El resultado es lo que llamamos comida chatarra o comida basura: productos que por lo general contienen altos niveles de grasas, sal, condimentos y azúcares —que estimulan el apetito y la sed— así como conservadores, colorantes y otros aditivos.

Y también la forma de ingerirlos ha cambiado: se ha reducido el tiempo y densidad cultural del acto de comer, imponiéndose la ingesta doméstica de platillos preelaborados, la oferta callejera de alimentos calientes y los restaurantes de “comida rápida”.

El resultado es una epidemia de obesidad de alcance planetario que comienza a expandirse al fin de la Segunda Guerra Mundial, empezando con los ricos de los países “desarrollados”, para seguir con los pobres de las metrópolis, luego con los ricos de la periferia, hasta llegar finalmente con los pobres de los países “atrasados”.

Junto con la financiera y la energética, la mundialización y estandarización de la comida chatarra es una de las características de la globalidad. Y su continua y acelerada expansión seguirá, pues es un gran negocio: en la primera década del tercer milenio las ventas de alimen-

tos empacados generaban 2.2 billones de dólares anuales, y 532 mil millones de dólares la de refrescos.

Esto, a su vez, ha incrementado exponencialmente las enfermedades cardiovasculares, la diabetes, el cáncer y otros padecimientos crónicos. La paradoja es que en los países y regiones pobres el sobrepeso y la obesidad se combinan con la desnutrición y las enfermedades infecciosas se entrecruzan con las crónico-degenerativas. Hoy los orilleros del mundo podemos presumir de que, aunque nos seguimos muriendo de enfermedades de pobres, ahora también nos morimos de enfermedades de ricos.

Flacos o gordos, las víctimas del capitalismo padecemos los viciosos hábitos nutricionales de un sistema perverso que en su hambre insaciable de materias primas devora a la naturaleza mientras que alimenta a sus hijos con basura. El capital mata.

LENGUAJE DE CLICHÉ

EL POLLITO, LA ARAÑA Y EL CIEMPIÉS

Comunicar es emplear un lenguaje y si se hace de manera sistemática y reiterada es crear un lenguaje. Una neolalia compartida por quienes acceden regularmente a cierta clase de mensajes. Y con el tiempo y la repetición, las fórmulas verbales se vuelven frases hechas; clichés cuya fuerza no remite tanto al contenido específico, como a un imaginario de ideas, valores y sentimientos, que compartimos al identificarnos con esas fórmulas y que invocamos al emplearlas.

Los lenguajes codificados por grupos de hablantes más o menos cohesivos son una práctica generalizada; los tiene el narco, los tienen los políticos del montón, los tiene cierta prensa, los tiene la academia marfileña, los tienen los oenegeros y los tienen las izquierdas. Los izquierdistas, en particular, somos muy buenos para para las fórmulas verbales: ¡Proletarios de todos los países, uníos!, ¡Sin dios ni amo!, ¡Tierra

y libertad!, ¡Patria o muerte!, ¡La imaginación al poder!, ¡Dos de octubre no se olvida!, ¡Lo queremos todo y lo queremos ahora!, ¡Black is beautiful!, ¡Nunca más un mundo sin nosotros!, ¡Por la vida y contra los proyectos de muerte!, ¡El violador eres tú!...

Grafiteadas en las paredes, repetidas en discursos, propagadas en volantes (*fliers*, les dicen ahora), viralizadas en *hashtags*, gritadas en las marchas, reiteradas en los talleres de formación, ... las fórmulas verbales confieren identidad, pertenencia, comunidad. Si oyes el grito ¡Samir vive...! sabes qué es lo que sigue y con quiénes estás; lo mismo si escuchas ¡Es-un-honooor...!, o si empiezan a gritar ¡No somos mashos...!, o si alguien inicia el proverbial recuento ¡Uno...!

Y está bien. En los movimientos sociales las frases hechas funcionan como sobrentendidos. Ni modo que cada vez que decimos ¡Muera el capitalismo! tuviéramos que recitar *El capital* de Carlos Marx, y cada vez que se proclama ¡Fue el Estado! hubiera que chutarse el *Leviatán* de Hobbes.

El problema está en que a veces esas frases, esas voces de orden, esos pertinentes llamados o consignas se ahuecan, se vuelven clichés sin

contenido cierto o con un contenido puramente emotivo; al oírlas empezamos a salivar, pero en verdad no podríamos explicar con argumentos por qué es bueno repetirlas, corearlas, firmar con ellas nuestros escritos.

A veces acuñar una consigna es como acuñar una moneda; forjar una pieza verbal que es eficaz como valor de cambio político, pero ha perdido su valor de uso, su calidad, su contenido concreto. Por ejemplo, lo que por milenios se llamó Tierra y designó entre otras cosas el multidimensional bien por el que luchaban y luchan los campesinos del mundo, después se empezó designar como Territorio, porque supuestamente éste era un concepto más comprensivo. Pero ahora se tiene que hablar de Tierra y Territorio, porque al parecer ninguno de los dos términos resulta suficiente. ¿Será?

¿Ganamos algo con la renovación frívola de denominaciones? El Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra, de Atenco, pieza clave en la cancelación del aeropuerto en Texcoco, ¿sería más asertivo en su nombre si se hubiese rebautizado como Frente de Pueblos en Defensa del Territorio o Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra y el Territorio? ¿Si la tierra es nuestra madre, el territorio es nuestro padre?

Otros hábitos de las izquierdas son más dañinos. Dividir a los zurdos entre anticapitalistas y no anticapitalistas no es necesariamente impertinente; pero pierde filo cuando el anticapitalismo de quienes así clasifican al gremio es puramente declarativo o se reduce a ciertas acciones puntuales autoproclamadas como, esas sí, auténticamente antisistémicas.

Los usos y costumbres de la corrección política son una maldición, pues otorgan credenciales de pertenencia a quienes se aprenden los modos del *mainstream*, excluyendo en automático a quienes se hacen preguntas y piensan por cuenta propia.

Y la corrección o no corrección es casi siempre un asunto de lenguaje. Ciertamente las palabras y giros verbales que empleas reflejan tu pensamiento y sentimientos, pero lo que no se vale es que utilizar o no ciertas fórmulas sea visto como herejía.

Uno de los efectos más lamentables de la codificación política del lenguaje contestatario es la progresiva sustitución de la filosa, mordaz y a veces regocijada habla campesindia siempre condimentada con sabrosos arcaísmos, por el plano, previsible y reiterativo rollo pachamámico aprendido en los talleres. Otro saldo negativo

es la descalificación: si uno piensa, por ejemplo, que “Megaproyecto” es un término demasiado vago y que pudiera haber megaproyectos buenos, es, sin más, acusado de blasfemo.

Cuando algunos tan respetables como errados camaradas, se desgañitan gritando “¡Vade retro Tren Maya!”, me supongo que habrá causado conmoción el que un ambientalista calado y de prosapia como Iván Restrepo, haya escrito en *La Jornada* que: “Un tren en el sureste no es una ofensa a la madre tierra ni el fin de las comunidades agrarias como dicen algunos. Puede ser muy positivo si se escucha a sus potenciales beneficiarios”. “¡¡Apóstata!!”, habrá exclamado más de uno.

Y es aquí donde viene a cuento un cuento: el del Pollito Pito, que en su origen era una fábula budista del Jataka.

Iba una vez el Pollito Pito caminando por el prado cuando le cayó una bellota en la cola. Espantado el pollito gritó: ¡Se cae el cielo! Y fue corriendo a decírselo a su madre la Gallina Fina, quien también empezó a gritar: ¡Se cae el cielo! El Gallo Malayo, que pasaba por ahí, se sumó al coro: ¡Se cae el cielo! Y luego se agregaron el Pato Zapato, el Ganso Garbanzo y el Pavo Centavo, todos gritando: ¡Se cae el cielo! ¡Se cae el cielo! ¡Se cae el cielo!... Todo por una pinche bellota.

En inglés el cuento se llama *Chicken Little*, y los gringos les dicen *chicken littles* a quienes en todo ven complots que amenazan con destruir el mundo. ¿Quiénes serán los Pollitos Pitos mexicanos... y las Gallinas Finas y los Gallos Malayos, y los Gansos Garbanzos y los Pavos Centavos...? Pónganles nombres.

La academia –de la que formo parte y no reniego– también tiene lo suyo. Conformado por una o varias cofradías, el de la investigación y la enseñanza es un mundo cerrado y autorreferencial, donde “escritores escriben sobre escritores para uso de otros escritores”, como dice el escritor Cornelius Castoriadis (cuya idea, bastante obvia, pude simplemente tomar, pero a quien cito, porque citar adorna y es un acto muuuy académico. “Mira, citó a Castoriadis”, dirá algún colega).

Y –fíjense– también puedo citar al ilustre antiacadémico del siglo XVI, Michel de Montaigne, quien despotricaba del gran Cicerón “cuya manera de escribir –dice– me resulta pesada, pues sus prefacios, definiciones, particiones y etimologías consumen la mayor parte de la obra y lo que hay de vivo y provechoso queda ahogado por tan dilatados aprestos”. No me placen, continúa, “ni las sutilezas gramática-

les ni la ingeniosa textura de las palabras y argumentos que languidecen alrededor del tema...”

Así pues, en una quizá pertinente deriva ontológica del ya exhausto discurso previo, emprendo una decodificadora, decolonial, antipatriarcal, sudacaepistémica y neohermenéutica aproximación al bla-bla académico. Giro ontológico para el que refuncionalizaré el polisémico opúsculo del *Ciempies y la araña*, del connotado polígrafo nuestroamericano Juan Gelman.

—¿Me permite una preguntita, señor ciempies? —dijo la araña.

—Inquiera sin reservas. Y tenga por verificable que me será dado dilucidar cualquier incertidumbre que le aqueje — respondió generoso y algo petulante el centópodo.

—Es una pregunta sencilla, ¿con cuál de sus cien pies empieza usted a caminar?

—¡Pero que obviedad! ¡Algo tan insustancial! Veamos: dado que venía caminando es seguro que empecé a caminar. Y si empecé a caminar es evidente de suyo que lo hice con uno de mis pies, pues sería altamente improbable que lo hubiera hecho con todos al mismo tiempo. De modo que, siguiendo a Ockham, podemos desechar la segunda posibilidad. Habiendo establecido que lo más probable es que haya em-

pezado a caminar con uno solo de mis pies, no queda más que determinar cuál de los cien es el que se mueve primero. Cuestión sencilla, pues se trata de una acción que realizo todos los días y en ocasiones varias veces al día. Un modo de dilucidarla es analizarlos uno por uno e ir desechando los que no empiezan hasta llegar al que estamos buscando. Pero antes es necesario saber cuál es la diferencia específica del que deseamos identificar, pues a primera vista todos se ven iguales. Para esto servirá una buena definición. ¿Qué le parece: “El pie con el que se empieza a caminar?” ...clara, breve, sencilla, como le gustaba a Aristóteles. Ahora bien, mientras no están caminando no podemos saber a cuál de los pies corresponde esa definición, de modo que necesitamos añadir un elemento que permita distinguir el pie que provisionalmente llamaremos primario, inicial u originario, de los otros a los que llamaremos seguidores o derivados...

Y así siguió discurrendo hasta que, aburrida, la araña volvió al cubículo donde la aguardaba su tela.

En cuanto al ciempiés, diré, con Juan Gelman, que no caminó nunca más.

MORENA EN SU LABERINTO

Ante el desmoronamiento de la oposición existe una migración política masiva hacia el partido de gobierno [Movimiento al Socialismo] que al no contar con los recursos institucionales necesarios para la incorporación de la militancia entra en un período de confrontación interna caracterizado por las divisiones.

Juan Carlos Pinto.

Director General de Fortalecimiento Ciudadano,
de la Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.

Alianza País nació y creció con el poder. En abril de 2006 creamos el partido y en enero de 2007 llegamos al poder. En este contexto fue inevitable tener mucha gente que no era leal a una visión o un proyecto político, sino al poder.

Rafael Correa, expresidente de Ecuador.

La creación del Partido Socialista Unido de Venezuela, a partir de 2007, no ha logrado resolver el problema de la dirección revolucionaria del proceso bolivariano, deficiencia que se ha mostrado con fuerza a partir de la muerte del presidente Chávez, en marzo de 2013. Es un partido organizado básicamente como fuerza electoral, que no elabora política ni de carácter general ni hacia los espacios particulares de intervención social.

Roberto López Sánchez.

El protagonismo popular en la historia de Venezuela.

Morena está definiendo su futuro, lo que importa mucho, pues del rumbo que tome ese partido dependen la 4T y el país. La 4T no es sólo el gobierno, somos todos, y sin un partido que ayude a mover la elefanta reumática que es nuestra sociedad, poco servirá que AMLO active al Estado. El carisma cuenta, pero los líderes mueren (Chávez), los encarcelan (Lula), se exilian (Correa), se desgastan (Evo), envejecen (Mujica) y sin el protagonismo colectivo de los partidos es fácil que los procesos se reviertan.

Me explico: el Partido Socialista Unificado de Venezuela (PSUV) nunca llenó el hueco que dejó la ausencia de Chávez, y con Maduro las cosas no marchan igual. En Brasil el impresentable Jair Bolsonaro le pudo ganar la pasada elección al Partido de los Trabajadores (PT), porque Lula, que era su candidato triunfador, estaba en la cárcel. Lenín Moreno pudo traicionar la Revolución Ciudadana de Ecuador porque envió a Correa al exilio y se apropió del partido Alianza País (AP). El golpe en Bolivia lo facilitó el que el último triunfo electoral de Evo no fuera tan contundente como los anteriores, pues su figura se había erosionado y no había en el Movimiento al Socialismo (MAS) liderazgos alternativos...

Hubo otros factores, pero el hecho es que ni el PSUV, ni el PT, ni AP, ni el MAS estuvieron a la altura de su responsabilidad histórica.

Con el triunfo de AMLO arrancó en Norteamérica el segundo ciclo de su largo curso emancipatorio: Venezuela resiste, en Argentina y Bolivia la izquierda gobierna de nuevo y se posiciona en Colombia, en Chile y Ecuador avanzan los movimientos sociales. La correlación de fuerzas se va inclinando a nuestro favor. Pero los tiempos son otros y a México le toca ayudar a fijar el rumbo posneoliberal en un mundo golpeado por la pandemia y la recesión. La responsabilidad es enorme y más sin partido.

Y el hecho es que en México el partido de las izquierdas se hunde lentamente en el pantano. Morena ganó las elecciones por nocaut y luego se pasmó. Quizá porque nació como movimiento opositor vuelto después máquina electoral y no tiene claro su papel ahora que gobierna. Y cuando no se mueven los partidos pierden masa muscular y se les atrofian las articulaciones.

El agua estancada cría sapos y a Morena le urge romper diques y activarse. Pero lo que hay de fondo son dos concepciones de lo que debe ser, de su lugar en la 4T y de la propia 4T: la mayoritaria, que se identifica con su proyecto fundacional

como partido-movimiento, y la de quienes lo ven como trampolín político: un nuevo PRI.

La cuestión no es que “no se ponen de acuerdo”, como dijo AMLO, sino que algunos han encontrado en la judicialización más que en el debate de ideas, la forma de posicionarse. El resultado fue el desconocimiento en 2019 del Congreso Ordinario, que estaba muy avanzado, el bloqueo de las nuevas convocatorias y, finalmente, el inaudito fallo del Tribunal Electoral que, pasando por encima de militancia y estatutos, instruyó que la dirigencia se eligiera por encuesta abierta como si se tratara de ponerle nombre al rinoceronte bebé que nació en Chapultepec.

Pero tras el anecdotario están los problemas estructurales que aquejan a todo partido de izquierda que accede al gobierno. Pongo un ejemplo. Los males de Morena son idénticos a los que hace un siglo enfrentaba el notable Partido Socialista del Sureste que al sustentarse en el activismo de las Ligas de Resistencia era un verdadero partido-movimiento. En el Congreso de Izamal de 1918 se decía:

“En Yucatán se ha logrado ya un principio de mutación social, puesto que ocupan la dirección de los asuntos públicos hombres del Partido. Pero se ha cometido el error de suponer muerta

la hidra cuando no está más que ligerísimamente herida. Por si eso no fuese bastante se permite el acceso al Partido a los que por conveniencia se adhieren a las nuevas ideas pero que en realidad están dispuestos a la traición. En política es necesaria la unidad de mando. No pasa inadvertido, sin embargo, el cúmulo de ambiciones personales que nace al aproximarse la época electoral, así como las maniobras e intrigas, a veces muy repugnantes, que se ponen en juego para obtener cargos de elección. Los líderes obreros no deben seguir de ninguna manera el rumbo de los políticos de profesión. El pueblo emancipado no quiere colocar nuevos amos sobre sus espaldas”.

El Congreso estableció también que “los socialistas no deben autopostularse para puestos públicos y no se aprobarán las credenciales de compañeros que traten de reelegirse en los cargos de elección popular”. Un delegado decía: “Es necesario entender que los cargos no son recompensa de servicios prestados a la causa”. Otro abundaba: “Efectivamente, quienes se autopostulan se exhiben como ambiciosos vulgares que se han afiliado al partido para asaltar los puestos públicos y lucrar con ellos”. ¿Les suena?

Y si miramos no a lo que sucedió hace un siglo en el sureste mexicano, sino a lo que pasa

ahora en el cono sur del continente americano, veremos que la problemática que aqueja a Morena no es excepcional, sino común a todos los partidos de izquierda que acceden por primera vez al gobierno.

Juan Carlos Pinto, uno de los históricos de la revolución boliviana, describía así hace tres años la situación del Movimiento al Socialismo después de su triunfo: “Ante el desmoronamiento de la oposición existe una migración política masiva hacia el partido de gobierno que al no contar con los recursos institucionales necesarios para la incorporación de la militancia, entra en un período de confrontación interna caracterizado por las divisiones”.

Rafael Correa, expresidente de Ecuador, hoy exilado explica cómo ser gobierno desvirtuó a su partido: “Alianza País nació y creció con el poder. En abril de 2006 creamos el partido y en enero de 2007 llegamos al poder. En este contexto fue inevitable tener mucha gente que no era leal a una visión o un proyecto político, sino al poder”.

El chavista Roberto López Sánchez señala las limitaciones de su partido: “La creación del Partido Socialista Unificado de Venezuela no ha logrado resolver el problema de la dirección revolucionaria del proceso bolivariano, deficien-

cia que se ha mostrado con fuerza a partir de la muerte del presidente Chávez. Es un partido organizado como fuerza electoral, que no elabora política ni de carácter general ni hacia los espacios particulares de intervención social”.

Así como en el cono sur hay balances críticos, también aquí necesitamos un diagnóstico severo de lo que pasa en el partido que hoy gobierna. Agudas son al respecto las apreciaciones del presidente de Morena, Alfonso Ramírez Cuéllar: “Morena ha tenido un retraso muy importante en el debate ideológico y político. El carácter predominantemente electoral que le imprimió la pasada campaña nos llevó en los hechos — y con justa razón — a poner en el centro la estructura distrital y la promoción y defensa del voto, mientras que en los consejos estatales, los municipales, las instancias estatutarias dejaron de funcionar. Después de las elecciones nuestra obligación era entrar en un proceso organizativo de nuestros afiliados, establecer la institucionalidad, depurar padrones, garantizar el funcionamiento colegiado de todas las instancias, crear espacios de convivencia de todos los niveles... Pero no se hizo”.

Resumo aquí mi propio balance de los problemas de Morena como lo formulé hace más de

un año en el libro *Un año ya y la Cuarta va*, y que coincide en lo fundamental con el de Alfonso:

- Crecimiento oportunista de la militancia en cuanto se vio que Morena iba a ganar.
- Visión del partido como trampolín para cargos o puestos.
- Migración al gobierno de cuadros fogueados y calificados.
- Inercia de la estructura y la dinámica netamente electorales previas a los comicios.
- Distanciamiento de los movimientos sociales de los que el partido proviene.
- Incapacidad de sustituir por conducción colectiva la muy personalizada de López Obrador.
- Definición programática sólo sexenal sin visión estratégica consensada.

Pero sobre todo veo pasmo, parálisis. Inmovilidad que la participación en elecciones locales que a veces se ganan por inercia y la plausible formación política como sucedáneo a la falta de acción política no suplen. Y las aguas estancadas despiden mal olor y crían sapos.

La desmovilización de Morena se explica en parte porque tras el triunfo, el partido y sus militantes no sabían qué hacer, pues más allá de

lo electoral —que ya no podía seguir siendo el centro— la tradición de las izquierdas es la resistencia, la oposición, la reacción airada a las imposiciones... Lo suyo es el basta, el abajo, el muera, el no... y cuando gobiernan los buenos no tienen claro qué les toca hacer desde la sociedad para impulsar el cambio a nivel de piso. No saben cómo mover el otro “elefante reumático”.

Respecto a las líneas de acción, dice Ramírez Cuéllar: “Para triunfar en las elecciones de 2021 (y de paso sobrevivir como partido, digo yo) debemos reforzar los lazos con los movimientos sociales, con quienes luchan contra la violencia y por los derechos de las mujeres, pues tenemos un retraso en la comprensión de la nueva lucha feminista. Igualmente debemos establecer una mayor identificación con los jóvenes. Y también con aquellos a los que la pandemia ha hecho quebrar sus negocios y enfrentan dificultades... En suma, debemos elaborar nuestras propias propuestas de políticas públicas en lo ambiental, lo agrícola, lo comercial, los derechos humanos...”

Vincularse a los movimientos sociales, recoger las demandas de la gente... concientizar, organizar, movilizar en torno a propuestas que respondan a las necesidades populares y —cla-

ro— a la visión de la 4T, pero que no pueden quedarse en repetir el discurso del gobierno. Si no, de qué sirve estar abajo y tentándole el agua a los camotes.

También debieran ir desplegando el complemento social de las políticas públicas. No gestionando los programas de manera clientelar como lo hacía el PRI, sino construyendo las contrapartes autogestionarias de la acción institucional. Dos ejemplos: el gobierno aumenta sustancialmente los salarios mínimos y aprueba leyes laborales favorables a la libertad sindical; bien, pero le toca al movimiento obrero y a Morena democratizar los sindicatos hoy patronales, crearlos donde no existen y movilizar a las bases para incrementar los salarios contractuales...; el gobierno impulsa la soberanía alimentaria con programas como *Sembrando Vida*, *Producción para el Bienestar*, *Precios de Garantía*...; excelente, pero le toca a los campesinos y a los militantes rurales de Morena crear las cooperativas de producción, las comercializadoras, las agroindustrias asociativas sin las cuales los recursos públicos para el campo tienen poco efecto.

ANEXO

Morena en el espejo del boliviano Movimiento al Socialismo

(Montaje con fragmentos del libro de Juan Carlos Pinto Quintanilla [Director General de Fortalecimiento Ciudadano de la Vicepresidencia] **¿Qué está cambiando en Bolivia?** Ministerio de Trabajo, Empleo y Previsión Social, La Paz, 2018.)

En el pueblo más indio del continente la lucha por la autodeterminación de los pueblos indígenas y originarios fue una demanda permanente contra la colonización. P. 16.

Los ritmos de nuestra revolución debían de ser diferentes, primero, porque decidimos hacerla en democracia y en convivencia con quienes han sido parte del antiguo orden [...] segundo, porque los actores populares [...] muchas veces tienden a repetir los hábitos del poder [anterior]. P. 44.

El dilema es que el actual proceso está sustentado en sucesivas victorias [...] electorales y

no en la desarticulación del poder vigente a través de un proceso revolucionario. P. 21.

[Es tarea del Movimiento al Socialismo] construir una síntesis entre lo social y lo político que dé lugar a la representación política directa de los movimientos sociales, sin intermediación, para evitar lo que la historia política de los partidos había hecho hasta ese momento: traicionar el mandato de los mandantes y electores. [Y hacerlo para de esta manera lograr] un avance político donde la relación entre los movimientos sociales y el liderazgo sea el eslabón fundamental, convirtiendo al [partido] en espacio de organización electoral. Esta doble vía de acción transformadora puede explicar, en cierta medida, tanto el éxito del MAS en la obtención del poder político como los niveles de legitimidad que se mantienen. P. 53, 54.

Luego del Referéndum Constituyente [...] empezó a hacerse evidente que la forma más eficaz del cambio se expresaba en la existencia del Estado Plurinacional en su relación con las organizaciones sociales a través de políticas públicas... que materializaban la nueva forma de hacer política identificada con el liderazgo. P. 56.

El papel histórico que se le atribuyó al MAS como articulador político entre organizaciones sociales y liderazgo, en el marco de la construc-

ción del Estado Plurinacional, perdió sentido por la relación directa entre estas organizaciones y el presidente. P. 58.

El MAS como identidad política victoriosa se convirtió en freno del desarrollo político de la transformación revolucionaria cuando confundió el horizonte estratégico de transformación con el pueblo movilizado, con la participación personal de los militantes en el Estado y el cumplimiento de las demandas sectoriales [...] Por eso es comprensible que haya más “evismo” que “masismo” [configurándose] un contexto político en que el liderazgo representa la principal potencia, pero también la mayor debilidad. P. 76.

Esto nos obliga a trabajar políticamente en la formación de cuadros, para que Evo, que es un referente esencial en la transformación, sea un liderazgo seguido e imitado. P. 137.

En este proceso de transformación, el MAS se ha visto cada vez más relegado al de un organizador electoral. No ha deliberado su nuevo rol político para la profundización de la revolución, en el contexto de ser gobierno y de ser mayoría [...] No ha generado un proceso de debate político interno y de construcción de propuestas políticas y más bien se ha relegado al respaldo de las políticas públicas estatales. P. 56, 57.

En teoría el [partido] debía tener un rol fundamental en la intermediación entre Estado y sociedad, que le permitiera canalizar y dinamizar la participación, deliberación e incidencia de las bases en las políticas públicas, así como aportar propuestas para la toma de decisiones políticas del gobierno. P. 59.

La conjugación audaz entre [partido] y movimientos que permitió detonar el cambio, se convierte desde la experiencia de ser gobierno, en un dilema político, porque la militancia toma como tarea central el acomodamiento en espacios estatales y no la continuidad del proceso revolucionario [mediante] un proceso de deliberación y construcción de propuestas revolucionarias desde el seno de las organizaciones sociales. P. 58.

Ello pone sobre la mesa el debate sobre la relación que debe existir entre el movimiento social y el instrumento político, para hacer sostenible el proceso de transformación. P. 60.

[Es necesario encontrar] el equilibrio entre una política de cuadros y una política de masas, ambas necesarias para continuar la transformación. P. 62.

[Igualmente] es necesario recomponer el pacto estratégico entre Estado y organizaciones sociales. P. 88.

La organicidad del [partido] ha resultado exitosa y efectiva al momento de movilizarse contra el neoliberalismo y para alcanzar victorias electorales. Sin embargo, este trabajo activista y movilizador, sin trabajo de formación política y cuando los mejores cuadros son llamados a tomar responsabilidades en la representación estatal, hace que militantes y simpatizantes lo vean como un simple espacio de ascenso. P. 60.

En el MAS existen actitudes en pugna entre el compromiso, la ética revolucionaria y la toma de decisiones democráticas y la corrupción, el individualismo y la lucha por los espacios individuales de poder. P. 60, 61.

Es preocupante que autoridades mantengan privilegios del cargo, que la gestión estatal no haya cambiado en el sentido de la austeridad propuesta por Evo. Que se hayan mantenido sueldos superiores al del presidente [que puso un tope para los salarios] viáticos superiores, movilidades con chofer, tratamiento protocolar, viajes... Y las posibilidades de colocar en sus dependencias a los adherentes que crean convenientes. P. 151.

[En el partido] se ha generado un creciente proceso de desgaste por pugnas internas por espacios de poder [...] dando lugar a la disputa personal antes que al debate ideológico. P. 87.

[Otro riesgo] es el ingreso de innumerables militantes de partidos que quedaron en el camino, y quieren subirse al carro del ganador. P. 62.

Ante el desmoronamiento de la oposición, existe una migración política masiva hacia el partido de gobierno que, al no contar con los recursos institucionales para la incorporación de la militancia, entra en un período de confrontación interna caracterizado por las divisiones. P. 79.

El MAS, carente de procesos de formación política y de promoción de nuevos liderazgos, ha provocado que [el creciente acercamiento de la población con el partido] se desvíe hacia la posibilidad de espacios de poder local en alcaldías, gobernaciones y otras entidades del Estado. P. 66.

Por su parte los movimientos sociales que propiciaron el proceso de cambio retornaron a su identidad de organizaciones sociales con demandas y reivindicaciones particulares. El papel protagónico y estratégico otorgado por la Constitución a los movimientos sociales, quedó disminuido por la presencia del Estado y el liderazgo, que son los que asumieron la vanguardia en los procesos de transformación. P. 66, 67.

Frente al reflujo de las organizaciones sociales, que se han limitado a ser acompañantes y beneficiarias del proceso, las decisiones fundamentales han pasado a ser atributo estatal,

no sólo por las características del liderazgo, sino principalmente porque los movimientos sociales con capacidad de propuesta estratégica, han vuelto a ser organizaciones sociales regionales o sectoriales que demandan gremialmente beneficios al Estado. P. 84.

Muchas organizaciones sociales han entrado en una fase de franca desmovilización [...] por otra parte algunas organizaciones han pasado de tener de tener una visión de transformación nacional e integral, es decir revolucionaria, a buscar únicamente reivindicaciones sectoriales y parciales, confrontando las propuestas nacionales del gobierno. P. 56.

Las exigencias sobre el Estado “llovieron” sin asumir la corresponsabilidad [...] Se movilizaron en torno a demandas sectoriales y se pulverizó el tablero de la demanda estratégica [...] Simplemente delegaron ésta en el Estado y prefirieron demandarle recursos. P. 75.

[Pero también es verdad] que han faltado políticas públicas que permitan la construcción conjunta de las demandas, y no a través de la tradicional protesta y bloqueo, que ha sido la estrategia de las organizaciones ante cualquier tipo de Estado [Estrategia] que ha conllevado un desgaste de las organizaciones sociales en su proceso de protesta. P. 97.

Algunas direcciones [han asumido] una concepción fetichista del poder como la búsqueda compulsiva de espacios de decisión dentro del Estado y de las organizaciones sociales o políticas, concentrando la mayor parte del esfuerzo de las personas e instituciones en la lógica de que sólo desde esos espacios se puede hacer el cambio. [Su liderazgo] lo ven como copiamiento de los espacios antes reservados para la oligarquía y los políticos de oficio, y lo llaman inclusión. P. 56, 57.

Hay limitaciones para que los pueblos sean vanguardia en la transformación. [Y es que] las resistencias particulares, válidas como recordatorio al Estado del olvido de sus necesidades urgentes, no terminan de plantear una propuesta de país diferente. Más aún, al discurso romántico de los pueblos y de la ecología, se suben demasiados oportunistas y opositores del pasado, asumiéndose como “defensores de indígenas” aparentemente maltratados por el gobierno [...] al que presentan como traidor al mandato de los pueblos. Además, buscan la confrontación e invierten recursos para lograrla, provenientes de espacios políticos nacionales y regionales, así como de la misma cooperación internacional que sustenta la labor de algunas ONGs. P. 92.

A lo que se agrega la rearticulación de sectores de la oposición que vieron en el conflicto con los pueblos, la posibilidad de quebrar por dentro el proceso de cambio. Los cuales tuvieron una amplia cobertura mediática. P. 109.

Pero lo cierto es que ni el gobierno ha traicionado el proceso revolucionario, ni los pueblos indígenas, originarios y campesinos son opositores y vendidos al imperialismo. Tensiones alimentadas desde la marginalidad política. P. 94.

Una sociedad que, en ausencia de un Estado que garantizara el cumplimiento de sus derechos, ha sobrevivido demasiados años en cierta ilegalidad, ahora que se siente parte del Estado demanda la legalización de sus estrategias de sobrevivencia. Estrategias que no pueden estar vigentes, cuando el nuevo Estado, obligado a garantizar la vigencia de los derechos, debe normar la convivencia del conjunto de bolivianos y bolivianas, penando las acciones que se opongan a ello. P. 73.

El momento político que vivimos es de reflujos de los movimientos sociales [y de protagonismo] de la institucionalidad estatal, [pero] el Estado no puede ni debe asumir la tentación de representar el poder del conjunto de la sociedad. P. 69.

Luego de terminar arrinconadas [las derechas] asumen como estrategia el desgaste y se

aprovechan de los errores [...] y el posible fracaso de las medidas gubernamentales. [Usan] los medios de comunicación como punta de ataque. P. 24.

Aunque los sectores opositores se convirtieron en minoría, tuvieron un aliado permanente en los medios de comunicación, cuyos propietarios siempre fueron de la élite. P. 109.

La estrategia opositora es la de derrocar primero simbólicamente las fortalezas del proceso de cambio. P. 136.

Enfrentamos a las oposiciones que, sin discurso ni cabeza, pretenden defenestrar lo avanzado; también a los críticos académicos, que fácilmente se colocan en un umbral opositor en nombre del "purismo revolucionario". P. 10.

[En las izquierdas] Aun cuando se es gobierno y se es mayoría, se sigue complotando desde las esquinas, sin terminar de asumir el peso específico y la responsabilidad que implica el ser portador de los sueños y las utopías de los muchos. P. 26.

En el [partido] y las organizaciones sociales, lo que pasó es que ninguna de esas instancias generó transformaciones internas, y en mucho se mantuvo en una actitud conservadora, como si se fuera todavía oposición. [Así] las bases se convirtieron en beneficiarias y no en proponentes o interpeladoras del proyecto de país en construcción. P. 81.

MÉXICO 2018 Y LA SEGUNDA OLEADA EMANCIPATORIA DE NUESTRAMÉRICA

La América entera estaba como despertando.

José Martí, *Tres héroes*.

Nuestramérica va. Si en el tránsito del siglo XX al XXI los movimientos sociales contestatarios y los triunfos electorales de las izquierdas daban el banderazo de salida a la primera oleada del curso emancipatorio latinoamericano, tres lustros más tarde otras insurgencias populares y otros éxitos electorales anuncian el inicio de una segunda oleada libertaria. Si en 1998 el despeque simbólico fue la elección de Hugo Chávez, en 2018 ha sido la de López Obrador.

Y Nuestramérica va. En México, el arrollador triunfo electoral de Morena; en Argentina la contundente derrota en las urnas del neoliberal Mauricio Macri a manos de Alberto Fernández y Cristina Fernández; en Bolivia el amplio triunfo electoral de Luis Arce con el que revirtiendo el

golpe de 1919 el Movimiento al Socialismo regresa al gobierno; en Colombia la derrota que para el uribismo y el presidente Iván Duque, que representan los triunfos de la izquierda en los comicios seccionales, incluyendo Medellín y la capital Bogotá. Aunque no todos los resultados electorales son positivos, pues en Uruguay, si bien en la primera vuelta el izquierdista Daniel Martínez aventajaba al conservador Luis Lacalle por una diferencia de más de diez puntos, en segunda vuelta fue derrotado el candidato del Frente Amplio, rompiéndose así una racha de tres elecciones sucesivas ganadas por el progresismo.

Triunfos o avances electorales en México, Argentina, Bolivia y Colombia, a los que se suma en Venezuela el fracaso del imperio y la derecha en su intento de golpe de Estado contra Nicolás Maduro, en Brasil el creciente descrédito del neofascista Jair Bolsonaro, sobre todo las multitudinarias insurgencias con que los pueblos de Chile, Ecuador y Colombia se confrontan con el neoliberalismo de Sebastián Piñera, Lenín Moreno e Iván Duque y las airadas protestas de los nicaragüenses contra el autoritarismo represivo de Daniel Ortega.

Sin olvidar la “marea verde”: las movilizaciones y debates con que las mujeres del subcon-

tinente están defendiendo sus derechos y en particular el de abortos legales, seguros y gratuitos. Inédita insurgencia que augura que esta segunda oleada emancipatoria tendrá rostro femenino.

Y para que el regreso de los pueblos estuviera completo, el 8 de noviembre, después de 19 meses preso, Lula recuperó la libertad y en su primera gira está reuniendo concurrencias de decenas de miles.

Sin embargo, dos días después, el golpe de Estado en Bolivia —donde Evo ganó en primera vuelta, aunque ante las dudas había aceptado reponer la votación— fue un doloroso retroceso para los bolivianos y un sacudón para el progresismo. Pero no sólo esto, junto con la frustrada intentona venezolana de Guaidó, el golpe del fascista en el país andino debe verse como lo que es: como un intento del imperio y la oligarquía de recuperar Bolivia, pero también como una operación estratégica destinada a cambiar las reglas del juego político en nuestro continente, clausurando de una vez por todas la lid democrática como escenario válido para dirimir los diferentes proyectos sociales. El Bolivia el golpe de Estado se revirtió electoralmente y a menos de un año del atentado político la izquierda regresó al gobierno. Pero no hay que bajar la

guardia, la ofensiva del imperio y las oligarquías se mantiene en todo el subcontinente.

Intentona que está cambiando los alineamientos, pues si antes la confrontación era entre progresismo y conservadurismo, hoy debe ser también entre golpistas y demócratas. Y me queda claro que los pacíficos somos más que los violentos. Los que queremos la fiesta en paz conformamos una abrumadora mayoría, ciertamente cruzada por posturas discrepantes que sin embargo podemos resolver pacíficamente. La izquierda del nuevo milenio que le apostó a la combinación de movilizaciones sociales y triunfos electorales está avanzando, véanse al respecto los casos de México, Argentina y Bolivia. No a la barbarie, aislemos al golpismo.

Laboratorio del cambio social

Durante dos décadas Nuestramérica ha sido laboratorio del buen cambio social. Mientras que en Europa y Estados Unidos el hartazgo provocado por el neoliberalismo alimentaba nacionalismos supremacistas, proteccionismos de gran potencia y avances políticos de la ultraderecha... que en el fondo no contravenían, sino que profundizaban el paradigma neoliberal; entre nosotros el descontento de los pueblos maltratados

por el capitalismo canalla del último tercio del siglo XX se orientó hacia la izquierda en busca de salidas democráticas, justicieras y libertarias al mercantilismo absoluto.

Lance inédito en el que algo se logró, pues donde había gobiernos llamados “progresistas” se recuperaba la soberanía, se desobedecían las instrucciones del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, se reducía dramáticamente la pobreza y en algunos casos como Venezuela, Bolivia y Ecuador, se refundaban las instituciones, entre ellas la Constitución.

Es verdad que con la recesión global de 2008 y el fin de la bonanza económica que hizo posibles las que he llamado “revoluciones del bienestar”, cayeron Brasil y Argentina, entró en crisis Venezuela, se desvió Ecuador y ahora cae a la mala Bolivia. Pero después del cortísimo invierno neoliberal, en Nuestramérica las izquierdas están de regreso, mientras que los europeos siguen lidiando con el neo nazismo y el *brexít*, y en Estados Unidos sopor-tan las patanerías de Trump.

El arco emancipatorio nuestroamericano es un curso prolongado en que se busca primero limar los filos del capitalismo crudo y desmecatado al que llamamos neoliberal, pero en la perspectiva de ir desmontando progresivamente los

engranajes del propio capitalismo; sistema del cual el rentismo especulativo y predador de las últimas décadas no es más que una modalidad histórica excepcionalmente virulenta.

Contra la idea de que la globalización, las trasnacionales y los organismos multilaterales dejaban sin materia a los estados-nación y, por tanto, a la política y los partidos que luchan por acceder al gobierno, en Nuestramérica el nuevo milenio arrancó con enérgicos movimientos que propiciaron los triunfos electorales, después de los cuales se fueron diluyendo y dejando paso al protagonismo de los gobiernos reformadores que ellos mismos habían encumbrado. “Ya los pusimos ahí, pues ahora hagan lo que tienen que hacer”, era el discurso implícito.

Reflujo de los movimientos, al que acompañó la marginación o descomposición de casi todos los partidos de izquierda: en Nicaragua el Frente Sandinista se descompone, en Brasil las corruptelas minan al Partido de los Trabajadores, en Bolivia el Movimiento al Socialismo se ahueca, en Ecuador Alianza País se derechiza, en Argentina el peronismo de izquierda se desdibuja... Los retrocesos de la izquierda en Nicaragua, Brasil, Argentina, Ecuador y Bolivia tienen su origen en el fin el ciclo económico glo-

bal favorable y en la ofensiva del imperio y las burguesías locales, pero también en la debilidad de los partidos y de los movimientos, que en algunos casos incluso cambian de signo y son utilizados por las derechas.

Fue duro y doloroso, pero después del cortísimo invierno de la restauración neoliberal — un conservadurismo tan sin futuro que apenas instalado en unos cuantos gobiernos comenzó a desfondarse — estamos de regreso. Y volvemos otra vez montados sobre los movimientos.

Al grito de “¡No son 30 pesos, son 30 años!” los chilenos transforman una protesta estudiantil contra el alza de los pasajes, en una insurgencia que el 25 de octubre moviliza a un millón doscientos mil personas en todo el país, mientras que el presidente Piñera, que había declarado la guerra y enviado veinte mil soldados a la calle, tiene que ceder y sacrificar a todo su gabinete, sin que por ello amaine el movimiento.

En Ecuador el pueblo se alza contra los acuerdos que el presidente Moreno ha firmado con el Fondo Monetario Internacional; movilización en la que destaca la Confederación de Nacionalidades Indígenas de Ecuador, cuyo anticorreísmo la había vuelto morenista hasta que a principios de este año se distancia del neoliberal

en la Presidencia... A quien sin embargo le abre una puerta al sentarse a negociar con él, cuando el movimiento – en parte correista – comenzaba a pedir su renuncia.

En Colombia a la derrota electoral del partido de Uribe y del presidente Duque, en los comicios locales, por las que la izquierda gana Bogotá y Medellín, se añade el millón de manifestantes que el 21 de noviembre salieron a las calles de las principales ciudades para protestar contra los asesinatos de líderes sociales, reivindicar derechos laborales y exigir mayor presupuesto educativo, es decir, contra la política neoliberal del actual gobierno.

A golpe de Biblia

Aunque también la derecha se envalentona. En Bolivia la oligarquía – los “barones de la media luna” – regresaron por un rato apoyándose en sectores de la clase media a los que disgustan los indios empoderados y, paradójicamente, en grupos ambientalistas y feministas de derechas. El Comité Cívico Cruceño del fascista Camacho y sus semejantes, nunca buscaron enmendar las presuntas fallas de la elección sino sacar al ay-mara del Palacio Quemado.

La violencia ejercida por grupos organizados, no para reponer una elección que en pri-

mera instancia habían perdido, sino para derrocar al gobierno, fue conducida a trasmano por los EU y, directamente por una derecha vieja, por los intereses de clase que en el fondo representa, pero nueva por la base social en que se apoya, el discurso que difunde, la forma en que se organiza y el modo en que actúa.

Su centro y emblema fue el Comité Cívico Cruceño, fincado en el Departamento histórico de la oligarquía, su instrumento la paramilitar Juventud Cruceñista, su cabeza el empresario Fernando Camacho, cuyo discurso histriónico e iracundo combina racismo con catolicismo y evangelismo. Biblia, fuego purificador y linchamientos.

El sector en el que prenden sus consignas es la clase media. Pero como ha establecido el que fuera vicepresidente, García Linera, en Bolivia hay dos clases medias: la vieja y la emergente. Y la que se alinea con la derecha es sobre todo la vieja clase media acriollada, que se siente agredida por la figura y los modos del aymara que gobernaba el país, e invadida por la nueva clase media india que ascendió gracias a las políticas de inclusión social. Aunque también los recién llegados al mundo del consumo se afilian a veces al pensamiento de la derecha. Tal sería el caso de ciertas organizaciones estudiantiles.

“Estamos viviendo la rebelión de las clases medias, que se atribuyen la voz del pueblo, como siempre lo hicieron”, escribió en *La Jornada* Juan Carlos Pinto.

Y la vía elegida por la derecha política para catalizar a estas capas medias fue la iracunda polarización. De ahí la importancia que los conservadores daban a la segunda vuelta en las elecciones, se debe a que permitiría condensar el antievismo de todos los colores.

Polarización personalizada que buscan ansiosamente todas las derechas latinoamericanas, en tanto que carentes de verdadero proyecto alternativo. Así, se lanzan contra Lula, contra Cristina, contra Correa, contra Obrador... a quienes se sataniza desde los medios de comunicación que la oligarquía controla.

Y es porque también en Bolivia le apostaron a la polarización, que después de la primera votación utilizaron el diferendo sobre los comicios, no para llegar a una nueva jornada electoral, sino para radicalizar y violentar el antievismo, dándole barniz de legitimidad al preconcebido golpe militar.

¿Por qué no fueron a la nueva elección que el gobierno había aceptado, si al sumar a todas las oposiciones era posible que la ganaran?

Porque lo que buscan del imperio y la oligarquía no es la alternancia electoral, sino la aniquilación del proyecto de cambio y el escarmiento de los que lo impulsan y lo respaldan. “¡Nunca más la Pachamama en El Quemado!”, “¡No más gobiernos de izquierda en nuestro patio trasero!”

Por el contenido de sus proyectos, en Nuestramérica se confrontan el neoliberalismo y el progresismo posneoliberal; pero por su forma política se confrontan dos vías: la del golpismo y la de la democracia.

Torpes para ganar elecciones justas e incapaces de gobernar con mínima prestancia, los nuevos restauradores se van decantando por los golpes duros y la dictadura, que tan buenos servicios les dieron en el pasado. Mientras que las nuevas izquierdas apuestan por acceder al poder combinando movimientos y triunfos electorales, y gobernar con las reglas del pluralismo político.

Lo que juega a nuestro favor es que en el nuevo siglo los pueblos del subcontinente han aprendido a reivindicar el empleo de las formas democráticas para resolver los diferendos entre proyectos sociales. El derrocamiento de gobiernos electos y la dictadura ya no son, como en el pasado, parte del sentido común subcontinental. Hoy el golpismo puede y debe ser aislado. Sin

duda tenemos diferencias políticas profundas, pero los que estamos por las formas de convivencia civilizadas somos mayoría. Hagámosla valer ¡No al golpismo!

Los retos de la segunda oleada emancipatoria

Con golpes como el de Bolivia en 2019 los contrarios quieren meternos miedo, porque en realidad son ellos los que tienen miedo. Y están atemorizados porque después de un cortísimo reflujó, va de nuevo en el continente la incontenible insurgencia posneoliberal. Y va con fuerza extendiéndose a países donde antes no había llegado.

Todo indica que en 2018 dio inicio la segunda oleada del ciclo emancipatorio nustramericano. Nueva etapa que en lo económico no tendrá viento de cola — como lo tuvo la primera — sino en contra y con turbulencias, pues lo que algunos llaman estancamiento secular llegó para quedarse; y en lo político, salvo nosotros, el mundo se mueve a la derecha. Por esto y porque ya se emplearon y desgastaron, no podemos repetir en esta fase las fórmulas que se aplicaron en los tres primeros lustros del siglo.

Lo que sí se repite es que, donde persiste el neoliberalismo o donde éste había vuelto, habrá que recoger los platos rotos y limpiar el

tiradero. En Argentina, salir del entrampamiento con el Fondo Monetario Internacional en que la metió Macri; en México, recuperar al Estado como agente del desarrollo, erradicando la corrupción y el dispendio que habían hecho de él, un “elefante reumático”.

En un mundo de pobres, la redistribución del ingreso sigue siendo el mandato mayor y la prioridad. Pero recuperar para la nación los recursos naturales —o sus rentas— y palanquear el crecimiento de la economía en la exportación de bienes primarios, ya no es posible ni pertinente; porque es destructiva, porque son recursos escasos y porque temporalmente sus precios cayeron.

Financiar el combate a la pobreza con la puesta en valor de los recursos naturales no es un pecado, pero es insostenible. Y en México, por ejemplo, simplemente imposible, porque no somos primario-exportadores (“extractivistas” que dicen algunos) sino principalmente exportadores de manufacturas que incorporan insumos importados, lo que nos hace industrializados pero maquiladores. Nuestra economía se finca en la explotación de mano de obra barata, lo que es injusto y también difícil de mantener cuando Trump se empeña en recuperar empleos.

Reconociendo las diferencias nacionales, la segunda fase del ciclo emancipatorio nuestra-

americano tendrá que buscar nuevos caminos. En lo económico habrá que crecer, porque ciertamente no puede haber redistribución sin crecimiento. Pero una cosa es crecer, como crecen las plantas, los animales y las personas, y otra cosa es la expansión a toda costa, propia de la modernidad urbano-industrial.

Para empezar, el crecimiento que necesitamos es el de la economía real y productiva, que tiene su palanca en el trabajo, y no tanto de la rentista, que lucra con la disponibilidad de recursos naturales.

Una producción incluyente que vaya erradicando la pobreza, no mediante los subsidios, sino gracias a la justa retribución del trabajo y la equitativa satisfacción de las necesidades. Inserción productiva de los más, que a su vez es condición de una economía autocentrada y de un desarrollo que, sin darle la espalda a los mercados globales, se apoye principalmente en el mercado interno.

Una economía atenta a las ventajas comparativas y competitivas, que sin embargo priorice los sectores estratégicos: soberanía alimentaria para asegurar que nadie se quede sin comer, soberanía energética que sustente la marcha de nuestra producción y consumo, soberanía labo-

ral que garantice a todos empleos o trabajos dignos y remuneradores.

Una economía respetuosa de las personas y de las cosas, sostenida en una producción que, en vez de descomponer y polarizar a las comunidades humanas, fortalezca la justicia y la cohesión social; en una producción que, en vez de erosionar y degradar a los ecosistemas, se desarrolle en armonía con la naturaleza. Es decir, una economía social y ambientalmente solidaria...

Un modelo económico que no cancela al mercado ni excluye al capital, pero que los acota mediante la acción conjunta de la sociedad y del Estado.

Un nuevo orden que habremos de edificar entre todos y que, después de la solidaridad inmediata y urgente con los pueblos que están siendo masacrados, es el asunto más importante de la agenda nustramericana.

Impreso en México, en el año 2021.
Prohibida su reproducción sin autorización.
Todos los derechos reservados.